7359

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

MORIR DOS VECES

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

PASTORA ECHEGARAY DE GONZALEZ

QUE BAJO EL PSEUDÓNIMO DE

JORGE LACOSTA

ha obtenido el diploma de SOCIO DE MÉRITO
en el Certamen verificado en la ciudad de Barcelona el año 1882
en honor del ilustre actor D. JULIÁN ROMEA
por la Sociedad del mismo nombre.

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2—2.°

1890

129

MORIR DOS VECES

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/morirdosvecesdra1573eche

MORIR DOS VECES

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ASTORA ECHEGARAY DE GONZALEZ

QUE BAJO EL PSEUDÓNIMO DE

JORGE LACOSTA

ha obtenido el diploma de SOCIO DE MÉRITO
en el Certamen verificado en la ciudad de Barcelona el año 1882
en honor del ilustre actor D. JULIÁN ROMEA
por la Sociedad del mismo nombre.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

PERSONAJES

FERNANDO.
ANDRÉS.
DON JUAN.
DON DIEGO.
CONSUELO.
LAURA.
MARÍA.
UNA DUEÑA (que no habla.)

La acción en Roma, en 1519.

Este obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A D. JOSÉ ECHEGARAY

Querido hermano: Además de satisfacción gra-
sima para mi corazón, deber ineludible es que yo
usque el amparo de tu nombre para esta pobre
bra mía, que quien me apadrinó al venir á este
undo de penas, y en tantas otras ocasiones, me
arece muy justo que lo haga al nacer á la vida
el pensamiento.

Como por esta osadía de lanzarse en tan difi-
il empresa con tan débiles fuerzas, mucha indul-
encia y mucha tolerancia há menester, ruega
ncarecidamente á tí y á todos se la concedan

La Autora.

611198

ACTO PRIMERO

Un estudio de pintor. Dos puertas á la derecha; la primera conduce á la habitación de Consuelo; la segunda al interior de la casa: á la izquierda una reja y una chimenea. Por la puerta del fondo se ve la de la entrada. Cuadros, bocetos, maniquís, armas, etc. En primer término, colocado en un caballete, un cuadro grande, en el que trabaja Fernando; Consuelo le sirve de modelo. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CONSUELO y FERNANDO

Él trabaja con afán; pero de repente se detiene, mira tristemente su obra y exclama con desaliento.

FERN. ¿Por qué en esta lucha ardiente
sigo, me obstino y afano,
si nunca mi torpe mano
copia lo que ve mi mente?
Pintar toda la tortura
con todo el placer de amar,
y de la tierra, y del mar,
y del cielo la hermosura,
y del sol los esplendores,
y mis sueños de poeta,

de esta mezquina paleta
jamás podrán los colores.

CONS. ¡Fernando!

FERN. Mira. (Señalando el cuadro.)

CONS. ¡Ten calma!

FERN. Aunque el dibujo es correcto
y el colorido perfecto,
falta á estas figuras alma.
Algo que no se define
y que busco con pasión:
¡un rayo de inspiracion
que todo el cuadro ilumine!

CONS. Te engañas, cesa un momento.

FERN. ¿Se ve el genio aquí brillar,
ó es mi obra pobre y vulgar?
¡Me mata este pensamiento!

CONS. No te atormentes así,
verdugo es tu fantasía.
Acaso la falta es mía.

FERN. ¡Qué buena eres! No está en tí.

CONS. Te distraigo á cada instante.

FERN. Es verdad. (Procurando creerla.)

CONS. Mucho me pesa.

FERN. Y nunca el dolor expresa
cual yo quiero tu semblante.

CONS. ¡Soy tan dichosa á tu lado!

FERN. Más bello y puro modelo
á nadie concedió el cielo.
¡Quién hay tan afortunado!

CONS. (Ap.) ¡Qué dicha, me encuentra bella!

FERN. Pero me comprendes mal.
La figura principal
muestra en su rostro la huella
de un dolor grande, infinito.

CONS. ¿Que jamás consigo?...

FERN. No.
Y para este cuadro yo
eso es lo que necesito.

CONS. Yo quisiera complacerte,
y aunque tan poco ayudarte,
la gloria y la dicha darte,
¡y ni aun logro comprenderte!

FERN. Perdona si te ofendí.
CONS. Viendo el dolor que te mata,
fuera, en verdad, muy ingrata
si no sufriese por tí.
FERN. Yo no...
CONS. Tu padre amparó
mi desvalida orfandad;
su cariño, su bondad...
FERN. Fué un deber lo que cumplió.
CONS. Que yo debo agradecer.
FERN. Hija de una única hermana,
de su pobre Mariana,
¿qué otra cosa pudo hacer?
CONS. ¡Por él, y por tí daría
la vida!
FERN. ¿Tanto nos quieres?
CONS. ¡Muchísimo!
FERN. Un ángel eres
á la verdad, prima mía.
CONS. Mientras me ves triste y muda,
al parecer insensible,
mirando la angustia horrible
que produce en tí esa duda,
cruzan vagos por mi mente
más de un loco pensamiento.
Sufrir ansío un momento
por calmar tu afán creciente,
y algo muy triste buscando
que logre hacerme llorar,
llego á veces á pensar
¡que puedes morir, Fernando!
FERN. Te agradece el pecho mío.
CONS. (Ap.) ¡Gratitud y amor, jamás!
FERN. Pero es un afecto más
vivo el que pintar ansío.
No son santas afecciones,
es el odio, es el amor,
los celos, todo el ardor
de las más fuertes pasiones.
CONS. Sé querer; pero no odiar.
FERN. Más dichoso, en verdad, fuera
si tu pecho las sintiera;

cual las sabes inspirar.
CONS. (AP.) ¡Oh Dios!
FERN. Tanta es tu hermosura.
CONS. (AP.) ¿Qué sér hay que esto resista?
¿Es la admiración de artista,
ó de amante la ternura?
FERN. De un modo el ardor que siento
por la gloria en mi alma crece,
que ha engendrado, y me estremece,
un infame pensamiento.
Quisiera hacerte sentir
toda la angustia, amar,
quisiera verte llorar,
y mil tormentos sufrir.
CONS. Yo por ver mi nombre unido
al tuyo, que al fin el mundo...
FERN. Quizá en su seno profundo
lo guarde el mar del olvido.
CONS. Tal no imagines, Fernando;
yo adivino, aunque sencilla,
que el genio en tu frente brilla.
FERN. Tu acento va disipando
mis dudas, cesa el martirio.
CONS. Desde tu viaje á Florencia,
ese fuego, esa vehemencia,
rayan casi en el delirio.
FERN. ¡Florencia!
CONS. ¡Ciudad querida!
A tí vuela el pensamiento,
y á aquel hermoso convento
donde he pasado mi vida.
FERN. (AP.) ¡Dulce recuerdo que adoro!
CONS. ¿Le viste?
FERN. (AP.) ¿Por qué vacilo?
CONS. Es bello.
FERN. Puro, y tranquilo.
(AP.) Y guarda allí mi tesoro.
(Fernando vuelve á coger los pinceles.)
CONS. ¿Qué haces, Fernando?
FERN. Volver
al trabajo.
CONS. ¡Qué porfía!

Descansa siquiera un día.
FERN. Sabes que no puede ser.
CONS. Pero...
FERN. Ya que bondadosa
mis caprichos obedeces,
tu rostro, como otras veces,
tome expresión dolorosa.
CONS. Por servirte de algo ufana...
FERN. Aunque ya te la he contado
temo no te hayas fijado
en la historia de Ariadna.
CONS. Tal vez.
FERN. Fábulas muy bellas
tiene la Mitología
para la pobre obra mía;
por eso escogí una de ellas.
Que comprendas bien deseo
cuál fué el dolor de Ariadna
cuando por su bella hermana
la abandona el vil Teseo.
Sin recordar le ha salvado
de morir en el recinto
del famoso laberinto
por el mónstruo devorado,
olvidando que por él,
aunque de estirpe real,
abandona criminal
padres, y patria, cruel
en la bella isla de Chío;
mientras que se duerme en calma
la deja, porque en su alma
hizo ya presa el hastío.
Queda en triste soledad,
y sin pena ni cuidado,
un hombre que era adorado,
y una hermana sin piedad
huyen; su barca se aleja,
sobre la mar transparente
cuando ella precisamente
despierta, los ve, y se queja.
Tan dramático momento
para mi cuadro escogí;

mira bosquejado aquí
del todo mi pensamiento.
(Haciendo que se acerque Consuelo al cuadro, y señalando en él cuanto va describiendo.)
El cielo sin nubes brilla,
sólo á este lado un celaje,
de la mar el oleaje
azota inquieto la orilla.
Vegetacion vigorosa
cual produce un clima ardiente,
y el sol que desde occidente
lanza luz esplendorosa.
En bajel, tambien traidor,
en estrecho abrazo unidos,
se alejan los dos sumidos
en un éxtasis de amor.
Y ella ¿no la ves? Ariadna,
¿no comprendes su pesar?
¡Si yo lograse animar
tu belleza soberana!
Adivina su dolor:
es del amor la locura,
de los celos la tortura,
del odio el violento ardor.
¡Cómo pintar tal tormento
en cuadro animado y fiel
podrá mi torpe pincel
si no acierta el pensamiento!

CONS. Quisiera por agradarte
sufrir cual la de esa historia,
si de ese modo la gloria
una mujer puede darte.

FERN. Vamos, por favor, procura...

CONS. ¿Estoy ya bien colocada?
(Vuelve Fernando á pintar.)

FERN. Sí, sí. Aquí una pincelada,
esta sombra más oscura.

CONS. (Ap.) Dice que debe mostrar
mi rostro un dolor horrible;
otro mayor no es posible
que el de adorarle y callar.
Nada mi cariño alcanza.

FERN. Bien, bien; esa es la tristeza.
Aumenta así tu belleza.
CONS. (Ap.) ¡Oh, dulcísima esperanza!
¡Si tú me amases, Fernando!
FERN. Pero ese no es el dolor,
sino un estáxis de amor.
CONS. ¿Y no ves que estoy llorando?
FERN. Es verdad. Este trastorno
que de mi sér se apodera,
si dominarle pudiera...
CONS. (Ap.) Que débil soy, me abocherno.
FERN. ¿Acaso la calentura
produce este frenesí?
¿Lo que me atormenta así,
es el genio ó la locura?
(Arroja los pinceles con desesperación.)
CONS. ¡Calma, calma ese extravío!
FERN. ¡Insensato, y yo pensaba
que el amor me transformaba!
CONS. (Ap.) Ama; pero á quién, ¡Dios mío!
FERN. ¡Si al fin me atreviese á hablar!
CONS. Yo quisiera conocer
el nombre de esa mujer.
FERN. Lo sabes; puedes calmar
mi pena, y el alma calla
cual si á decir fuese agravios
y un sello pone en mis labios
no sé el qué.
CONS. (Aparte.) Mi pecho estalla.
FERN. Pensé que la inspiración
brotar hiciera en mi mente
el rayo dulce y ardiente
de la más tierna pasión.
CONS. No ceses, habla. (Ap.) ¡Me adora!
FERN. Viste desde esa ventana,
á mi lado, esta mañana
el despuntar de la aurora.
La noche negra y sombría,
rompiendo su obscuro manto,
dejaba paso al encanto
de la luz del bello día.
Pero aún el tupido velo

de una niebla transparente,
ocultaba vagamente
á Roma, al campo y al cielo.
Aunque del sol el calor
buscaba ya el mundo ansioso,
parecía él temeroso
de mostrar su resplandor.
Mas de pronto, obedeciendo
como á un callado conjuro,
salió deslumbrante y puro
y fuése la sombra huyendo.

CONS. Me parece que adivino.

FERN. Yo creí que estas tinieblas
de mi mente, que estas nieblas
de amor, influjo divino,
conseguió al fin disipar,
acabando mis enojos,
y los rayos de unos ojos
el genio haciendo brotar.

CONS. No lo dudes, fuera impío;
el corazón me lo dice.
¡Dios, tu cariño bendice!
También hace al pecho mío
dulce emoción palpitar.

FERN. Cual yo lograste esconder...
Sabrás lo que es padecer
si sabes lo que es amar.

ESCENA II

DICHOS y DON JUAN por el fondo.

FERN. ¡Mi padre!

CONS. (Aparte.) Por vez primera
me es su presencia enojosa.
(Alto.) ¿Vienes cansado? Reposa.

JUAN. Un poco, niña hechicera.
(Consuelo le coge el sombrero y le acerca un sillón; Juan se sienta.)
Gracias, ya estoy bien así.
¿Y tú, Fernando, hijo mío,
por qué te encuentro sombrío?

Acércate, ven aquí.
Ese afán que te devora
deja en el rostro honda huella.
Tu ambición es noble y bella;
pero el alma que te adora
teme que...

FERN. Mas no hay razón...

JUAN. La incertidumbre te mata.
¿Por qué esa apuesta insensata
que agobia tu corazón?

FERN. Que fuí obligado, piensa.

JUAN. Pero...

FERN. No la provoqué,
y tan sólo la acepté
como medio de defensa.

JUAN. Sí; tu vanidad ajada
y tu corazón herido,
no por un desconocido,
sino por un camarada.
Yo, modesto, te quería
de Miguel Angel al lado
por sus lecciones guiado,
que si en esa frente ardía
del genio el fuego potente,
al fin llegase á brillar
y la Italia á iluminar
con su luz resplandeciente.

FERN. Dócil siempre á tus consejos,
en el taller trabajaba;
mas mi mente deslumbraba
de la gloria los reflejos.
No sé por qué maravilla
de Florencia aquí al volver,
transformándose mi sér
de la virgen sin mancilla,
mi pobre pincel trazó
una imagen dulce y pura
de singular hermosura.

JUAN. Buenarotti así exclamó,
su belleza contemplando:
¡parece de Rafael!
si es obra de tu pincel,

un artista eres, Fernando.

FERN. De ella hice modesto don
á Consuelo.

CONS. Sí, y allí (Señala su cuarto,)
elevo siempre por tí
la más ferviente oración.

JUAN. En esa obra está la fuente
de esta apuesta que me irrita
nacida en hora maldita.
Al ver tu gloria naciente,
un amigo, ¡el más querido!

FERN. El primero en el taller,
temió su puesto perder
y sintió su pecho herido.

JUAN. Serviles aduladores,
todos tus amigos fueron
los que en Andrés encendieron
de la envidia los rencores.

FERN. Más de uno vengarse ansiaba
de su superioridad,
y á más romper la amistad
estrecha que nos ligaba.
En vano procuré yo
á la obscuridad volver,
que como á artista el taller
noche y día me aclamó.
No sé por quién engendrada,
por mi fortuna ó mi mal,
nació esa idea infernal
de una apuesta alborozada;
la acogió el alma de Andrés,
su revancha en ella viendo,
yo la rechacé temiendo...

JUAN. ¡Tu noble desinterés
de qué modo interpretaron!

FERN. Aún tal recuerdo me irrita.

JUAN. Con algazara infinita,
todos, todos exclamaron...

FERN. Que ese cuadro no era mío.
Infame suposición
que excitó mi indignación.

JUAN. Y aceptaste el desafío.

FERN. Debo en un plazo asáz breve
esta obra presentar.
JUAN. Y Andrés otra, que á luchar
contigo, necio, se atreve.
FERN. Desecha vanos temores,
que aunque palenque el taller,
las armas sólo han de ser
pincel, paleta y colores.
Y juez de Italia la gloria,
nuestro querido maestro,
que sabrá dar al más diestro
el laurel de la victoria.
CONS. Roma entera toma parte
en esta lucha tan bella;
porque arde cual nunca en ella
muy vivo el amor al arte.
Apuestas de gran valor
cruzan artistas y nobles,
que harán que conquiste dobles
laureles el vencedor.
JUAN. Vencedor... Lo que conviene
á su dicha, yo no sé.
¿Para tí, qué desearé?
CONS. Que gane, que duda tiene.
FERN. ¡Es que si vencido fuera!...
CONS. ¿Lo ves? mucho sufriría.
JUAN. Ya lo sé. Vete, hija mía.
Hablarle á solas quisiera.
(Vase Consuelo por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA III

JUAN y FERNANDO

JUAN. Lo que así tanto me exalta
no es un capricho liviano,
ni debilidad de anciano
al que ya vigor le falta.
FERN. Padre, si ganar consigo...
JUAN. Vencido, agudo dolor;

y si fueras vencedor
un implacable enemigo.

FERN. Aunque Andrés á perder llegue,
¿qué ha de hacer?

JUAN. Del compañero,
del amigo y consejero,
que el cariño no te ciegue.
Él turbará nuestra paz;
es un sér malo y vicioso,
y algo más ¡un envidioso!
Le creo de todo capáz.

FERN. ¿Y por tan pueril temor?...

JUAN. Mi deber era advertirte.
Lo que tengo que decirte
es de gravedad mayor.
Si consigues la victoria,
no hagas de ella loco alarde:
sé modesto, hasta cobarde,
que no te ciegue la gloria.

FERN. No temas.

JUAN. Haz lo posible
por buscar la obscuridad,
huye de la claridad
que es enemigo terrible.

FERN. Tu mandato acataré.

JUAN. De la gloria los reflejos
alumbran lejos, muy lejos,
la menor mancha se vé.

FERN. Voy tu temor penetrando,
hijo de un amor culpable.

JUAN. Nadie fué nunca implacable
para esas faltas, Fernando.
Sé que aunque bastardo el mundo
tu nombre no infamará;
otra causa há tiempo está
dándome temor profundo.
¡Si vieses cuánto padezco!
Una falta que no es mía;
pero al pensar que algún día
la sepas tú ¡me estremezco!

FERN. ¿Dudas de mi corazón?

JUAN. También á mi padre amaba,

y nunca le perdonaba
mi desgracia y su baldón.

FERN. Que se cierre ya esa herida;
piensa sólo en el presente
y en el cariño que siente
quien por tí diera su vida.

JUAN. Tus palabras, hijo mío,
son bálsamo celestial.
De la gloria el pedestal
temo, porque en su extravío,
la envidia del mundo cuenta
con cien ojos, bien lo sé,
que todo, todo lo vé,
y si no lo vé ¡lo inventa!

FERN. La causa de tu quebranto
olvida, sería allí,
en tu patria, ¿no es así?
y hará tanto tiempo ¡tanto!

JUAN. En España, sí; ¡qué horrible
corrió allí mi juventud!
Dejé al fin la esclavitud
de aquel destino terrible.
Llevando á la hermana mía,
con mi suerte en fiera lid,
salí de Valladolid
una mañana sombría.

FERN. Tu mancha purificada
ya fué; no abrigues temores
por tus agudos dolóres,
y una vida, pura, honrada,
á más la cubre el olvido.

JUAN. Pero ¡ay! que el misterio no;
mi rostro, ¿quién no le vió?

FERN. Estará desconocido
por el dolor y la edad,
y el nombre tal vez variado.

JUAN. No soy Don Juan de Alvarado.
Extraña tranquilidad
vuelvo á sentir en el alma,
de mis angustias me río.
Vas á saber, hijo mío,
lo que ha turbado mi calma.

FERN. ¿Qué causa?
JUAN. Una coincidencia
engendró este temor loco.
A mi patria hace muy poco
fué Andrés por no sé qué herencia.
El miedo me engaña
tal vez; mas cuando le veo,
en sus ojos algo leo
desde que volvió de España.
FERN. Tu cariño paternal
fantasmas sin duda crea,
y es que te espanta la idea
de ver á Andrés mi rival.

ESCENA IV

DICHOS y ANDRÉS por el fondo.

FERN. Él viene: inmensa alegría
su presencia aquí me causa.
JUAN. ¿Por qué?
FERN. Podrá ver mi obra:
¿te olvidas de aquella infamia?
JUAN. Sí; que el cuadro no era tuyo
todos hasta él afirmaban.
ANDRES. ¡Salud al novel pintor!
¡Salud al doctor de fama!
FERN. ¿Es mi rival el que llega?
ANDRES. No, el amigo, el camarada.
¿Una broma de taller
separa acaso dos almas?
FERN. Es verdad. Tengo un pesar:
¿por qué coincidencia extraña,
desde que hicimos la apuesta
ninguno viene á mi casa?
ANDRES. Si es que así lo han convenido,
y hacen bien, porque juzgarlas
podrán mejor de ese modo.
A los dos en todo igualan.
FERN. ¿Es favor, ó á la calumnia
por dejar la puerta franca?...
ANDRES. ¡Qué suspicáz! Aún recuerdas...

Olvida esa tonta chanza.
¿Este sin duda es tu cuadro?

FERN. Sí; Feseo y Ariadna.
Vamos, díme...

ANDRES. Mis consejos
ya sé que no te hacen falta;
pasó aquel tiempo, y ahora
puedo recibirlos.
(Con mal disimulado despecho.)

FERN. Vaya,
concluyó nuestra amistad.

ANDRES. No se ha apagado su llama.
Voy á juzgarle, y decirte
la verdad, doy mi palabra.
(Mientras examina Andrés el cuadro, cambian bajo algunas palabras Fernando y su padre.)

FERN. Como el cariño te ciega,
mira qué mal le juzgabas.

JUAN. Ojalá me engañe.

FERN. (Alto á Andrés.) ¿Y bien,
qué me dices?

ANDRES. Mucho falta. (Con desdén.)
Estas sombras... el dibujo...
luégo la idea es muy mala.

JUAN. ¡Andrés! Vaya una manera
de animarle.

FERN. ¡Padre, calla!

ANDRES. Yo le quiero, y la verdad
es al pintor necesaria.

FERN. Andrés, sigue, nada temas.

JUAN. (Ap.) Si su corazón desgarra.

ANDRES. ¿Por qué á la Mitología
pedir una de sus fábulas
si tiene la religion
en sus admirables páginas?...
(Fernando con creciente entusiasmo.)

FERN. Porque mis inspiraciones
como no he de ir á buscarlas
allí en la cuna del arte,
en Grecia, donde se lanza
á beberlas no yo solo,
conmigo entera la Italia.

Por ella tal vez renace
el arte con viva llama
que ha de iluminar el mundo
sus poetas, sus estátuas,
son acabados modelos,
que en vano todos se afanan
por conseguir imitar
la perfección sobrehumana.

JUAN. ¡Fernando! (Con emoción.)

ANDRES. Tú eres poeta
más que pintor.

FERN. (Con profundo desaliento.) No soy nada.

ANDRES. Y te lo prueba este cuadro,
sientes mucho, tienes alma;
pero el pincel no obedece.
(Con irónica alegría.)

JUAN. Ya la paciencia se acaba
oyendo tal despropósito.
Por cierto que esas palabras,
si otro que tú las dijese
bien sé yo que imaginaran...

ANDRES. ¿El qué?

JUAN. ¿Pues no lo adivinas?

FERN. ¡Andrés! padre mío, basta.
(Interponiéndose.)

JUAN. (Ap.) ¡Envidioso!

ANDRES. (Despreciativo.) Entenderéis
de drogas y de tisanas;
pero muy poco, don Juan,
de pinturas y de estátuas.
(Juan á su vez calma á Fernando, que al oir tratar con poco respeto á su padre, pierde también la paciencia.)

JUAN. ¡Hijo! Hablemos de otro asunto.

ANDRES. Sí, de cualquiera, de España.

FERN. (Ap.) ¡Idea infernal!

ANDRES. Don Juan,
¡brava tierra!

JUAN. Sí, muy brava.

ANDRES. Muy gratos recuerdos traigo
de vuestra querida patria.

FERN. Ya me has dicho... (Interrupiéndolo.)

ANDRES. Fué conmigo
la suerte allí muy bizarra.
Vendí un cuadro á un magistrado;
bien á fe, ¡si era una alhaja!
El asunto de la herencia
de tratarle fué la causa.
¡Mas torpe de mí! Don Juan
le conocerá.
FERN. (Inquieto.) Si falta
de allí hace ya muchos años.
ANDRES. ¿Pero es de Valladolid?
JUAN. Le dejé en edad temprana.
ANDRES. No obstante, conocerá
á don Alonso Peralta.
JUAN. (Ap.) ¡Oh, cielos! (Espantado.)
ANDRES. (Aparte.) ¡Qué palidéz!
Sí; si es él, ¡y aún yo dudaba!
FERN. Padre, valor. (Bajo á Juan.)
JUAN. (Id. á Fernando.) Ya piedad
no tiene Dios de mis ansias.
ANDRES. (Ap.) Su dicha está entre mis manos;
pero una mujer los salva.

ESCENA V

DICHOS y CONSUELO por la derecha.

Hablan en primer término Consuelo y Andrés, y en el fondo Juan y Fernando.

ANDRES. ¡Oh, bellísima Consuelo!
En verdad yo imaginaba
que perlas guardaba el mar;
pero no el rayo que abrasa,
que en una concha nacían,
y no entre labios de grana
que al sol le ocultaban nubes;
mas no párpados de nacar,
y que el jazmín y la rosa
sus hojas nunca mezclaban
formando una sola flor
que asombra á la vez y embriaga.

CONS. ¡Galante estás!
ANDRES. Yo quisiera
pedirte un favor.
CONS. ¿Qué aguardas?
ANDRES. ¿Me rechazarás?
CONS. No sé.
ANDRES. Que tu rostro iluminara
el cuadro en que cifro yo
mis mayores esperanzas.
¡Elegí tan bello asunto!
CONS. Es que yo...
ANDRES. Pero no basta.
¿Dónde podrá mi pincel,
si tú dura me rechazas,
encontrar de una Judith
la belleza soberana?
¡Oye mis ruegos piadosa!
¡Ten compasión de mis ansias!
De tus gracias el portento
únicamente le falta
que el mundo entero le vea
para que caiga á sus plantas.
CONS. ¡Imposible!
ANDRES. Una Judith
que Roma absorta admirara
CONS. Es tu idea una locura.
¿Ignoras que de Ariadna?...
ANDRES. Fernando no se opondrá;
así la lucha se iguala.
Veremos cuál de los dos
más tu hermosura realza.
No rechaces, imprudente,
de este amor la viva llama.
¡Si mirases un momento
los abismos de mi alma,
te conmoviera tal vez
la lucha que la desgarra!
Yo olvidaré mis errores
por unirme á tí ante el ara
Tu cariño íris de paz
fuese, que ventura tanta
pusiera término á luchas

que siempre muy mal acaban.

FERN. Es sólo una coincidencia;
veo que esa angustia te mata.

JUAN. No intentes saber...

FERN. Yo no. .

JUAN. Nunca le preguntes nada.
Ahora, aléjate, que quiero
interrogarle con maña
sin que oigas tú ni adivines.

FERN. Si así tus penas se calman,
obedezco. ¡Adiós, Andrés!

ANDRES. ¿Cómo, me dejas? ¿Te marchas?

FERN. Sí, perdóname, un negocio.

ANDRES. ¿Te espero?

FERN. No.

ANDRES. Hasta mañana.

(Vase Fernando por el fondo.)

ESCENA VI

JUAN, ANDRÉS y CONSUELO

Mientras Juan permanece pensativo aparte, siguen hablando en primer término Andrés y Consuelo

ANDRES. Fernando tiene esa dicha,
y no sabe aprovecharla.
Su pincel tan bello rostro,
en vez de copiar, le agravia.

CONS. ¡Andrés! (Indignada.)

ANDRES. ¿Por qué te conmueves?
¡Horrible sospecha! ¿Le amas?

CONS. (Ap.) Me vendo.

JUAN. (Aparte.) ¡Cómo la mira!
¿Qué la dice? ¿De qué hablan?
(Dirigiéndose á Consuelo.)
Consuelo, tengo que darte
una noticia muy fausta.

CONS. No adivino.

JUAN. Vas á ver
á una amiga de la infancia.

CONS. ¿De veras? ¿Será posible?

JUAN. Y muy pronto.
CONS. ¡Á ella, á mi Laura!
¡Qué alegría tan inmensa!
¡Durante tres años, cuántas
veces recordé los días
en que tras las viejas tapias
de un convento de Florencia
tan dulce vida pasaba!
ANDRES. ¿Tanto quieres á esa amiga?
CONS. No es amiga, es una hermana.
La gratitud, y un cariño
verdadero á ella me enlazan.
JUAN. A su padre debo yo
fortuna, posición, fama.
CONS. Me protegió en mi orfandad
su madre, que era una santa.
Unidas en su regazo
las penas nos respetaban,
y entre las dos repartía
caricias, besos, y lágrimas.
Al perderla, mi dolor
gemelo era del de Laura
y que era huérfana, y pobre,
sólo entonces supo el alma.
ANDRES. ¿Don Diego de Soderini
es el padre de esa dama?
JUAN. Un severo magistrado
de prendas muy elevadas.

ESCENA VII

DICHAS, LAURA y una DUEÑA por el fondo.

LAURA. ¡Consuelo! (Se abrazan.)
CONS. ¡Laura querida!
LAURA. ¿Te ha parecido tan larga
esta ausencia como á mí?
CONS. ¿Qué, dudas de mi constancia?
JUAN. Andrés, dejémoslas solas
mientras lloran y se abrazan.
ANDRES. (Ap.) ¿Se amarán ella y Fernando?

JUAN. Ven, hablaremos de España.
(Vanse por la segunda puerta de la derecha Juan, Andrés y la Dueña.)

ESCENA VIII

LAURA y CONSUELO

LAURA. Se alejan.
CONS Me alegro mucho.
LAURA. ¡Si vieras cuánto lloraba
ausente y lejos de tí!
De tus caricias privada...
CONS. ¡Mi pobre Laura!
LAURA. Y de aquellas
conversaciones tan gratas.
¡Qué triste hallaba el convento!
las horas cual nunca largas.
Ansiaba salir de allí:
rogué: cedió á mis instancias
mi padre.
CONS. Y cual siempre unidas
seguirán nuestras dos almas.
LAURA. No podemos vivir juntas
como antes, querida hermana.
CONS. (Ap.) ¡Hermana! ¡Qué dulce nombre!
LAURA. ¡Estás pensativa, callas!
CONS. Ha aumentado tu hermosura.
LAURA. Con la tuya me aventajas.
CONS. Esa infantil alegría
tus atractivos realza.
LAURA. Y ese rostro, de seguro
de mil pesares es causa.
(Reparando en el cuadro.)
Mira, mira, si me engaño,
hasta con el pincel tratan
de idealizarle.
CONS. Es mi primo.
LAURA. No recuerdo, de él no hablabas.
CONS. No le conocía; hizo
vida oculta y solitaria
hasta que perdió á su madre.

Yo su existencia ignoraba,
cuando al salir del convento...

LAURA. ¿Y díme, cómo se llama?

CONS. Fernando.

LAURA. ¡Qué bello nombre!

CONS. ¡Si conocieses su alma!
En su frente brilla el genio.

LAURA. ¡Con cuánto fuego le alabas!

CONS. Andrés vuelve, ¡qué importuno!
Ven al campo, la enramada
nos oculte.

LAURA. ¿Me amarás?

CONS. Como nunca amó una hermana.

(Vanse por la puerta del fondo.)

ESCENA IX

ANDRÉS por la derecha.

Ya que hablarla hoy más no puedo,
me marcharé de esta casa.
Las preguntas de don Juan
me fastidian y me cansan.
Tranquilo al fin ha quedado,
que mis labios muy bien guardan
secreto de tal valía.
El rayo de mi venganza
por ella no lanzaré.
(Se asoma á la ventana.)
Unidas sus manos blancas
desde aquí se las distingue
estrechamente abrazadas,
confundiendo sus encantos
cual si tuvieran un alma.
(Distraído en mirar por la ventana, no siente llegar á Fernando.)

ESCENA X

ANDRÉS y FERNANDO por el fondo.

FERN. (Ap.) Aún mi rival se halla aquí.
Está absorto, embelesado,
ni mis pasos ha escuchado.
¡Andrés! (Alto.)
ANDRES. (Aparte.) ¡Es él! (Alto.) No creí...
FERN. ¿Contemplas con tal placer (Interrumpiendo.)
la hermosa naturaleza?
ANDRES. No del campo en la belleza,
sino en la de una mujer.
FERN. Eres, como yo, entusiasta;
admiras como pintor.
ANDRES. No es entusiasmo, es amor,
es pasion ardiente y casta.
FERN. ¿Quién es?
ANDRES. Espera paciente.
(Hace Andrés que se asome también Fernando á la ventana.)
Nada has visto más hermoso,
es un grupo delicioso:
ya se acercan á la fuente.
(Ap.) La verdad pronto sabré,
y si á mi Consuelo adora...
(Alto.) Vienen: se paran ahora.
FERN. Siguen: pronto la veré.
ANDRES. Mira, se acercan, ¡qué bella!
El sol con su luz la baña.
FERN. ¡Oh Dios! La vista me engaña.
¿Será ilusion? No, no. ¡Es ella!
ANDRES. ¿Cómo, qué dices?
FERN. (Con vehemencia.) ¿Quién es
la que Consuelo en sus brazos
estrecha en amantes lazos?
Dímelo ¡por Dios! Andrés.
ANDRES. ¿Por ella tu amor se inflama
y no sufres su desvío?
FERN. Ni eres confidente mío, (Calmándose.)
ni tampoco de esa dama.

ANDRES. (Ap.) Yo su secreto sabré,
y Consuelo le ha de oir.
¡Necio, lo vas á decir!
(Alto.) Con razón te interrogué.
Es la mujer que yo adoro.
¿Me la quieres disputar?
FERN. ¿Por qué no? ¡Tú, Andrés, amar
mi inspiración, mi tesoro!
ANDRES. ¡Tuya! y hasta el nombre ignoras
de la que enciende esa llama.
FERN. ¡Qué importa! sé que me ama.
En vano loco la adoras.
ANDRES. Me engañas, ¿cómo has sabido...?
FERN. En sus expresivos ojos,
en su frente, en sus sonrojos
claramente lo he leído.
ANDRES. Hace un año, enamorado
la persigo con anhelo.
FERN. Yo la ví á través de un velo
un instante, y fuí amado.
ANDRES. ¿Bajo la gasa ó el encaje,
cómo ver era divina?
FERN. Como el cielo se adivina
aunque lo cubra un celaje.
Tan sólo un instante el aura
compasiva el velo alzó.
ANDRES. ¡Calla! ¿por qué no cegó
en aquel momento Laura?
FERN. ¡Laura! Aunque bien no te cuadre
y aunque esto tu pecho aflija,
¿acaso será?...
ANDRES. (Interrumpiéndolo.) La hija
del protector de tu padre.
FERN. ¡Oh, dicha inmensa!
ANDRES. El dolor.
no imagines me traspasa.
FERN. ¿Pues qué, tu alma no se abrasa?
ANDRES. En otro más puro amor.
FERN. ¿Á qué mentir? yo no atino...
ANDRES. Aguda como una flecha
me mataba una sospecha.
FERN. Me confundo y no adivino.

ANDRES. La que adora el corazón
es Consuelo.
FERN. (Asombrado.) ¡Ella!
ANDRES. Sí á fé,
al altar la llevaré.
FERN. ¡Tú, Andrés!
ANDRES. ¡Ebrio de pasión!
Yo tu protección imploro.
Don Juan no consentirá,
y á tu ruego cederá
tal vez, ¡dile que la adoro!
FERN. ¡Tú, el pertináz libertino
que un trono ha elevado al mal
y en impura bacanal
de amor el fuego divino,
sólo consagra á la hez
del mundo noches y días!
ANDRES. Yo...
FERN. ¡Tú! sin más alegrías
que el juego y que la embriaguéz,
imaginas ¡qué locura!
unir tu sér degradado,
y por el vicio manchado
á una niña bella y pura.
ANDRES. Si mi amor no la merece,
Laura tuya no será.
FERN. ¿Quién impedirlo podrá?
ANDRES. ¡Un hombre que te aborrece!
(Dejando ver todo su odio y envidia.)

ESCENA XI

DICHOS, LAURA y CONSUELO por el fondo.

CONS. ¡Adiós, mi Laura querida!
LAURA. ¡Mi amiga, mi hermana, adiós!
FERN. (Ap.) ¡Ella es!
ANDRES. (Id.) Se acercan las dos.
FERN. (Id.) La que el alma nunca olvida.
CONS. Laura, mi primo Fernando...
(Consuelo, después de presentar á Fernando, se aleja un instante á llamar á la Dueña.)

LAURA. (Ap.) ¡Oh, Dios, es él!
FERN. (Idem.) ¡Cuán hermosa!
(Al volver Consuelo con la dueña se encuentra á Laura y Fernando hablando apasionadamente; Andrés la detiene para que no se acerque á ellos; quedan en primer término.)
ANDRES. (Ap.) Ya la elección no es dudosa
á Consuelo celos dando.
(Dirigiéndose sólo á Consuelo.)
Oye, acércate, ¿no ves
que se aman y con locura?
¿Estás ciega por ventura?
CONS. Si no te comprendo, Andrés.
ANDRES. Piensas que yo no adivino
el amor que por él sientes.
Callas, y no me desmientes.
Mira ese rostro divino;
contempla esos negros ojos
fijos en los de tu amante,
ese seno palpitante
y esos bellos labios rojos.
Es su gloria, ella le inspira;
le dió su alma enamorada
en una sola mirada,
como esa, como esa, ¡mira!
De su boca lo escuché;
ante el ara se unirán
y de tí se olvidarán.
Despréciale, ¡y ámame!
¿No me escuchas?
CONS. ¡Insensato!
Vete, que no quiero verte;
tus frases me dan la muerte.
ANDRES. ¿No olvidarás á ese ingrato?
CONS. ¡Jamás!
ANDRES. Es burla cruel
engañarte con tu hermana,
dándote así de Ariadna
el desairado papel.
Esta escena, esa pintura
como un espejo refleja.
¿Y la gloria, aunque te deja,

le darás con tu hermosura?

CONS. ¡Calla! ¡Calla!

ANDRES. Volveré,
y triunfante y vencedor,
ó vencido y vengador,
tu mano conseguiré.
(Vase por la puerta del fondo.)

ESCENA XII

FERNANDO, LAURA y CONSUELO

En primer término Consuelo, Fernando. Laura y la Dueña al fondo.

CONS. (Ap.) ¡Qué vil me engañó el deseo!
pensaba arrojar mi cruz,
y en vez de alcázar de luz,
en mar de sombras me veo.
Ella se aleja ¡cruel!
¡Sienten los dos dicha inmensa!
¡La ingrata ya en mí no piensa,
y me olvida también él!
(Vanse Laura y la Dueña por el fondo.)

ESCENA XIII

CONSUELO y FERNANDO

Fernando sin poder dominar su cariño y su felicidad, y Consuelo ni su dolor ni su llanto.

FERN. ¡Qué encantadora es, Dios mío!
¡Con qué pasión me miraba!
Jamás pensé que la amaba
con tan inmenso extravío.

CONS. (Ap.) ¡Qué escucho! ¡y yo imaginé
que mayor pena no había!

FERN. ¡Qué felíz soy!

CONS. (Aparte.) Mi agonía,
¿cómo ocultarle podré?

FERN. Renace mi inspiración

cual nunca viva y ardiente;
siento que brota en mi mente
á impulsos de la pasión.

CONS. (Ap.) Al par que agudo puñal
abre aquí surco profundo,
y encuentro tan triste el mundo
como lecho sepulcral.

FERN. Jamás tu rostro ha expresado,
Consuelo, el dolor así.

CONS. Es que hoy la dicha perdí
y mi pecho han destrozado.
(Fernando, que se preparaba á pintar, se acerca á Consuelo sorprendido al ver su llanto.)

FERN. ¡Tú sumida en la amargura!
Temo adivinar... Andrés
de tu amor indigno es.

CONS. (Ap.) ¿Hay mujer más sin ventura?

FERN. Yo rechazarle debía,
la verdad díle á tu hermano.

CONS. (Ap.) Hablar, ¡ay Dios! fuera en vano,
¡qué vergüenza! ¡qué agonía!

FERN. ¡Ese amor tu alma ocultó,
y al saberle, un imposible!...

CONS. Tienes razón, es horrible;
hoy mi esperanza murió.

FERN. ¡Infeliz!

CONS. Si ansiaste ver
en mi seno la tortura,
en mi mente la locura,
en mi rostro el padecer
y en mis ojos el calor
de lágrimas que marchitan,
de esas ardientes que irritan
y no calman el dolor,
que el gozo tu pecho inunde,
que brille tu inspiración,
¡aquí mira la pasión,
y aquí un puñal que se hunde!
(Señalando su rostro y su corazón.)

FERN. ¡Tú la gloria me darás!

CONS. Mi pena así calmaré.

FERN. Consuelo, perdóname

si pienso en mí nada más.
Contemplo ya en el delirio
á que mi sér se abandona,
¡de la gloria la corona!

CONS. ¡Para mí la del martirio!

(Quedan colocados en la misma forma que al empezar el acto; pero mostrando ella honda desesperación y él inmenso entusiasmo. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. El cuadro en primer término cubierto con un lienzo. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CONSUELO y MARTA

MARTA. Á casa ha vuelto otra vez
este cuadro incomparable.
Con un lienzo lo he cubierto
para que no se nos manche.
CONS. Bien haces, que al verlo, Marta,
se renuevan mis pesares.
MARTA. ¡Qué triunfo el de don Fernando!
¡fué muy grande! ¡fué muy grande!
¡Qué derrota la de Andrés!
¡pena me da al acordarme!
CONS. ¡Calla, Marta!
MARTA. Razón tiene
cuando se queja su padre.
CONS. ¿Te ha dicho?...
MARTA. Que esa expresión
tan hermosa y admirable
de dolor que don Fernando
con su pincel logró darte,
parece que para siempre

quedó impresa en tu semblante.

CONS. (Ap.) Durará mientras mi pecho
el mismo pesar desgarre.

MARTA. Ni aun el triunfo de tu primo
ha conseguido alegrarte.

CONS. ¡Déjame!

MARTA. ¿Pero es verdad
lo que dicen? ¡Es tan grave!
¿Cómo es posible que á Andrés,
á ese libertino ames?

CONS. (Ap.) Ya mi paciencia se agota.

MARTA. Confieso que es agradable
y bello, y sé que esos seres
más que algunos otros saben
en sus redes envolver
á quien es como, tú, ángel.

CONS. Marta, vete, y con preguntas
no me fatigues, ni canses,
ni del amor de ese hombre
vuelvas en tu vida á hablarme.

(Vase Marta por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA II

CONSUELO

Para engañar mi dolor
inútil es que me afane
buscando un pobre consuelo
en la gloria de mi amante.
No más fiebre, no más dudas,
se acabaron sus pesares;
ya Roma entera conoce
su primera obra admirable.
La aureola que rodea
su nombre, que el mundo aplaude,
si la conquistó su genio,
también tengo en ella parte.
Cual pobre compensación
que quiso piadoso darme
el cielo, oigo á mi belleza
casi levantar altares.

¿Mas qué importa que mi nombre
repita gozoso el aire,
y que mi á reja suspiren
tantos rendidos galanes,
si sólo por tí, Fernando,
con angustia el pecho late,
y nunca ¡ay! una mirada
amorosa en mí fijaste?
Ya nuestros nombres ha unido
en la eternidad el arte;
mas nuestras almas separa
un abismo insuperable.

ESCENA III

CONSUELO y JUAN por el fondo.

JUAN. ¡Vengo loco de alegría!
CONS. ¿Pues qué te sucede, padre?
JUAN. ¿Te parece que no es nada
tener tal hijo?
CONS. Es bastante;
pero algo nuevo será.
JUAN. Ya lo creo: voy á contarte.
CONS. Apuesto que es de Fernando.
JUAN. ¡De qué querías que hablase!
(Admirado de que suponga pueda hablar de otra cosa.)
CONS. Tienes razón.
JUAN. Tanta dicha
ya en el pecho no me cabe.
CONS. Lo comprendo.
JUAN. ¿Y que también
las lágrimas se me salten?
CONS. Sí; que todos tus extremos
serán siempre respetables.
Pero dí, ¿qué ha sucedido?
¡De tal modo lo anunciaste!
JUAN. Nuestro Santo Padre quiere
conocer á mi hijo, ¡hablarle!
CONS. Mucho deben los artistas
á sus discretas bondades.

JUAN. Por él quedarán en Roma
monumentos inmortales.
¡Hay más! (Con regocijo.)
CONS. ¿El qué?
JUAN. Sé que han dicho
Rafael y Miguel Ángel
que el nombre de mi Fernando,
que hoy al mundo apenas nace,
los suyos ha de eclipsar.
CONS. Ya comprendo por qué es grande
tu alegría.
JUAN. La fortuna
le sonríe, rico le hace,
y dichoso al par la gloria.
Porque ya nada le falte,
de amor el goce infinito
encuentra en su Laura amante.
CONS. ¡Ay, padre!
JUAN. ¿Lloras, Consuelo?
¡Cuán egoistas nos hace
la felicidad! Tan sólo
llega el que sufre á apiadarse.
CONS. Tú no me comprendes.
JUAN. Sí:
adiviné tus pesares.
CONS. Pues sabes mis sufrimientos,
de Laura y de él no me hables.
Aún me parece que vibran
sus palabras en el aire:
el dolor ellas hicieron
que tan agudo brotase
en el alma, que ese triunfo
ha conquistado al copiarle.
JUAN. Se confunden mis ideas.
Habla, pero no me engañes;
¿quién es el hombre que adoras?
CONS. ¡Fernando, Fernando, padre!
JUAN. Mas ¿cómo él mismo me ha dicho
que era Andrés? Tú le ocultaste...
CONS. Sabiendo que amaba á Laura,
mi deber era engañarle.
JUAN. ¡Pobre niña! ¡qué valor!

Es necesario alejarte.

CONS. ¿Qué dices? ¡No, no; jamás!
aunque mi pecho taladre.
¡Verle, oirle! De su gloria
en los rayos abrasarme,
y que este amor, que es mi vida,
á sus piés mi muerte cause.

ESCENA IV

DICHOS y FERNANDO por el fondo.

FERN. ¡Padre mío, hermana!...

JUAN. ¿Es justo
que por tí el alma se afane
cuando lejos de nosotros
solamente te complaces?

FERN. Yo...

JUAN. (Interrumpiendo.) ¡No verte en todo el día!

FERN. Merezco que me regañes.

JUAN. ¿No más?

FERN. (Riendo.) ¿Es poco castigo?

JUAN. Sí; que no te perdonase. (Le abraza.)

FERN. No sé cómo tantas horas
ante mí huyeron fugaces.
A la aurora desperté,
y gozoso, y anhelante,
corrí á ver esa ciudad,
ese prodigio admirable
que el divino Rafael
y nuestro muy Santo Padre
resucitan al calor
del entusiasmo del arte.
La antigua ciudad de Roma
con sus mármoles, sus jaspes,
sus estátuas, sus palacios,
entre escombros mil renace.
Allí el alma se dilata;
no puede humano lenguaje
expresarte la alegría,
los entusiastas arranques
que se sienten al salvar

del profanador enjambre,
que lo destrozaba todo
algún objeto de arte,
que conserva aún mutilado
belleza tan admirable
que parece que palpita
y en sus venas corre sangre,
como si estuviera oculto
en el mármol y el jaspe
del genio que lo creó
el alma sublime y grande.

JUAN. Nada iguala á esos dos hombres:
¡Rafael y Miguel Ángel!

FERN. En sus obras, ¿no es verdad
es dónde debo inspirarme?

JUAN. En la capilla Sixtina.

FERN. ¡Suprema expresión del arte!
Unió Buenarotti allí
con su genio inimitable
el sentimiento cristiano,
al par entusiasta y grave,
con la perfección que supo
el paganismo inspirarle.
Fijo el pensamiento en Dios,
fuente de ricos raudales,
es como crearse pueden
esas obras admirables
que conmovido y absorto
el mundo con Roma aplaude.

CONS. (Ap.) Sólo al poder de su voz
logra mi dolor calmarse.

FERN. No más que de esta manera
concibo la vida, padre.
¡Qué llenas están las horas!

JUAN. Ruega á Dios que no se amarguen.

FERN. Del arte los mil encantos
mi espíritu satisfacen.
Las delicias del amor
copia de las celestiales,
mi corazón enagenan.
¡Si yo á perderla llegase!...
¿Qué sentiría? ¡Dios mío!

CONS. (Ap.) El infierno que aquí arde.
FERN. Siempre ante mí la contemplo
linda y buena como un ángel.
JUAN. (Ap. á Consuelo.) Vete; tu dolor te vende.
CONS. (Íd. á Juan.) Al escuchar esas frases
la muerte siento en el alma.
FERN. Será mi esposa y mi amante.
JUAN. (Ap. á Consuelo.) ¡Consuelo!
CONS. (Íd .á Juan.) ¡Si yo deseo
que mi corazón estalle!
JUAN. Ven, Fernando, necesito
á solas el consultarte.
FERN. Vamos.
JUAN. (Ap. á Consuelo.) Que seque mi amor
de tu llanto los raudales.
(Vanse Juan y Fernando por la derecha.)

ESCENA V

CONSUELO

Debo morir y callar,
y sin embargo quisiera
que mi sufrimiento viera;
tal vez me llegase á amar.
Este deseo es impío,
y la más dulce esperanza
en el abismo me lanza
del mal. ¡Perdona, Dios mío!
si te suplico llorando,
que tu poder admirable
abra un abismo insondable
entre mi hermana y Fernando.

ESCENA VI

CONSUELO y ANDRÉS por el fondo.

ANDRES. (Ap.) Vuelva á veros otra vez,
lugares aborrecidos
trastornados mis sentidos

del odio por la embriaguéz.

CONS. (Ap.) Andrés la primera herida
celoso en mi pecho abrió;
fué el infame que amargó
con sus palabras mi vida.
(Andrés la mira con compasión desdeñosa.)

ANDRES. Luchar con tu mala estrella
¡pobre mujer! no supiste
conquistarle, no pudiste
siendo joven, pura y bella.
La gloria con que se ufana
y que debe sólo á tí,
con su nombre dará allí
en el altar á tu hermana.

CONS. ¿Y no ves cómo padezco?...
¡Andrés, ten de mí piedad!

ANDRES. No amarte; ¡qué ceguedad!

CONS. Tanta dicha no merezco.
(Se acerca á ella Andrés y la ruega con acento apasionado.)

ANDRES. Vengo un amor á ofrecerte
digno de tal hermosura,
que llega hasta la locura
y que sabrá dar la muerte.
Y además una venganza
cual no soñó mente alguna,
que secará una por una
las flores de su esperanza.

CONS. ¡Yo herir con pesar agudo
de Fernando el pecho amado!

ANDRES. El tuyo él ha destrozado.

CONS. Mas le amo y seré su escudo.

ANDRES. ¡Resignada á padecer,
cómo ni vengarse ansía!

CONS. ¡Las almas como la mía
no saben aborrecer!

ANDRES. Si tan dulces sentimientos
reinan en tu corazón,
¿cómo, ingrata, compasión
no tienes de mis tormentos?
¡Mi sufrir y mi extravío
nunca los comprenderás!

Mira en tu pecho y verás
el dolor que hay en el mío.
Si tu amor hermoso y puro
no calma este frenesí,
¡ay de Fernando, ay de tí!
¡Seré implacable, lo juro!

CONS. Ni cariño ni piedad
los conquistan amenazas.

ANDRES. ¿Y mi ternura rechazas?

CONS. Mas te ofrezco mi amistad.

ANDRES. ¿Nada más?

CONS. Nada.

ANDRES. ¡Qué escucho!
¿Qué vas á hacer, insensata?

CONS. Ver si este dolor me mata.

ANDRES. Yo quiero vengarme y lucho.
No pienses le he de dejar
gozar su insolente dicha:
nací para su desdicha.
¡El mundo le ha de admirar,
y por su Poma aplaudido,
será cual Dios, adorado,
mientras triste y olvidado
desgarro mi pecho herido!

CONS. (Ap.) Me espanta y hiela su acento.

ANDRES. ¿Piensas podré perdonar;
piensas que podré olvidar
aquel terrible momento
en que á una voz le aclamaron
los artistas, la belleza,
y la plebe y la nobleza,
y hasta en triunfo le llevaron?
Satisfecho el corazón
y su ardiente sed de gloria,
no gozará la victoria
en tranquila posesión,
mientras la mujer que adoro,
el sólo bien que yo ansiaba,
de rodillas como esclava
de amor le ofrece un tesoro.

CONS. ¿Qué harás?

ANDRES. Amargar su vida.

CONS. ¿Mas cómo te has de vengar?
ANDRES. La sangre no ha de brotar,
no temas, no, de la herida.
CONS. Será un crimen.
ANDRES. No te asombre;
lo disculpará el amor.
CONS. De él no nace tu furor,
no profanes ese nombre.
Amor es la pura luz
que el espíritu ilumina
y cuya fuente divina
brotó de una santa cruz.
Si un alma toda es negrura,
á su influjo resplandece;
y dentro de ella aparece
el bien: ¡suprema hermosura!
¡Él el mundo vivifica;
es como la luz del sol,
es el brillante crisol
que dos seres purifica.
No son celos de amor ciego
lo que tu pecho traspasa;
en ira sólo te abrasa
de la envidia el torpe fuego.
ANDRES. ¡Calla! (Colérico.)
CONS. Ese mónstruo que ya
sólo con odio alimentas,
aunque muy tarde lo sientas
al fin te devorará.
ANDRES. ¡Antes á él, desventurada,
que exasperas mi furor.
Pues bien: la envidia ó el amor,
que el nombre no importa nada,
frenético al mal me impulsa,
y con mi ingenio arrancando
de la frente de Fernando,
ó con mi mano convulsa,
la corona de su gloria
á mis plantas le veré,
y de tí conseguiré
otra más dulce victoria.

ESCENA VII

DICHOS Y FERNANDO por la derecha

CONS. ¡Fernando! ¡Ay, triste de mí!
FERN. ¿Tu orgullo aquí, qué pretende?
ANDRES. Aunque el mirarte me ofende
vengo buscándote á tí.
FERN. ¿Para qué? (Con asombro y desdén.)
ANDRES. No te imagines
que sólo para insultarte
y de mi dolor á hablarte.
FERN. Yo...
ANDRES. Es difícil que adivines.
CONS. (Ap.) ¡Dios santo! ¿Cómo impedir?...
ANDRES. ¡Quejas yo de una amistad
que era toda falsedad!
CONS. Andrés, oye. (Ap.) ¿Qué decir?
FERN. No merece tu extravío
más respuesta que el desprecio.
ANDRES. (Bajo á Fernando con acento triunfante y dominador.)
¿Pero no comprendes, necio,
que eres ya un esclavo mío?
FERN. ¡Yo! (Indignado.)
ANDRES. Me vas á obedecer.
FERN. Vete, Andrés, de mi presencia,
ó castigo tu insolencia.
ANDRES. Pronto lo vamos á ver.
(Bajo á Fernando.)
Sé que bajo el falso brillo
de ese nombre de Alvarado,
otro infame se ha ocultado,
¡el de Santiago Castrillo!
Con su suerte en fiera lid,
sé por qué tu padre un día,
cubierta la faz sombría
huyó de Valladolid.
(Fernando al oir estas frases se espanta; pero procura ocultar su turbación.)

CONS. (Ap.) ¿Qué dice? escuchar no puedo..
FERN. (Bajo.) Vete, Consuelo, ¡por Dios!
La paz reina entre los dos,
no temas.
CONS. (ídem.) Le tengo miedo.
¡Dejaros solos, Fernando!
FERN. (Ídem.) Vete: es preciso.
CONS. (Ídem.) ¿Qué hacer?
FERN. (Ídem.) Pronto: me haces padecer;
¡te lo ruego, te lo mando!
(Vase Consuelo por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VIII

FERNANDO y ANDRÉS

Domina su turbación Fernando y procura aparecer sereno.

FERN. Esas oscuras palabras,
aunque yo no las comprenda,
me dejan ver, sin embargo,
que una amenaza va en ellas.
Eso tan sólo me impulsa...
ANDRES. Al disimulo da tregua;
es inútil, lo sé todo.
FERN. Sostengo que en vano intenta
explicárselas mi mente.
ANDRES. Muy pronto, si lo deseas,
la clave de ellas daré,
y sabrás de qué manera
su secreto descubrí
y puedo causar tu pérdida.
FERN. No es posible.
ANDRES. ¡Desgraciado!
Tú no sabes que una idea
por el infierno inspirada
tal vez, me hizo que eligiera
para un cuadro, de tu padre
la venerable cabeza.
FERN. ¿Qué dices? (Alarmado.)
ANDRES. Yo no sabía
que impreso en su rostro lleva

un sello de infamia.

FERN. ¡Andrés!
¿Y con qué derecho?...

ANDRES. Niegas
á un artista el más precioso...
Era su figura bella.

FERN. ¡Miserable!

ANDRES. Y mi pincel
logró rejuvenecerla.

FERN. ¿Y ese cuadro, dónde está?
¡Pronto, acaba!

ANDRES. ¡Cómo tiemblas!
Es el mismo que vendí
en España...

FERN. ¡Oh, suerte adversa!

ANDRES. Á don Alonso Peralta.
Al oir tal nombre recuerda
la palidéz de don Juan,
aquella angustia suprema.
Un cuadro te dió la gloria
y otro ignominia y vergüenza.
Las armas conque me heriste
nacieron de una paleta;
las que esgrimo contra tí
también han brotado de ella.

FERN. Sí, cual la luz de la gloria
al par brillante y serena,
el rayo de tu venganza
con sus colores engendra.
Mas ¿qué ignominia mi padre
en el rostro tiene impresa?

ANDRES. La más terrible, Fernando;
la que el hijo siempre hereda,
y que no pueden borrar
tiempo ni limpia conciencia.

FERN. Si mi padre es inocente;
¿por qué tiembla, por qué tiembla?

ANDRES. ¿Quieres saberlo?

FERN. (Ansioso.) Sí, acaba.

ANDRES. Del alba la luz risueña
alumbraba aún débilmente
á una muchedumbre inmensa

que se agitaba y bullía,
sin cesar, viva é inquieta,
como fantástico mar
de olas rugientes y negras.
De esta multitud en medio
triste cadalso se eleva
en el cielo destacándose
con tres figuras siniestras;
el verdugo, el pobre reo
y un monje que le confiesa.
Uno de ellos es tu padre.

FERN. El corazón se me hiela.

ANDRES. Bien se comprende al mirarlos
que el desenlace se acerca.
Cuando arrancada del tronco
rodó á un lado la cabeza
del reo, y con ella el hacha
que fiel cumplió la sentencia,
pálido el ejecutor
como si á él la muerte dieran,
al cielo desesperado,
elevó sus manos trémulas,
y lanzando agudo grito
desmayado cayó en tierra.
No era extraño, niño aún
heredó cargo y vergüenza,
y su espantosa misión
cumplía por vez primera.

FERN. ¿Pero quién era mi padre?
¡Se confunden mis ideas!

ANDRES. Aquel infelíz verdugo
que ocultó infamia y miseria
bajo el nombre de Alvarado
que hoy orgulloso tú llevas.

FERN. Me engañas, mientes; tu odio
esa horrible historia inventa.

ANDRES. No tal, pregunta á don Juan
y él te dará la respuesta.

FERN. ¡Pobre padre! ¡Y bien, dí presto
qué ambiciona tu soberbia!

ANDRES. ¡Vengarme!

FERN. ¡Qué más! ¡la muerte

dentro del alma penetra!

ANDRES. Te engañas, no estoy vengado;
no una muerte, mil te diera.

FERN. Sujeta mi voluntad
está por fuerte cadena.
¿Pones precio á tu silencio,
no es verdad?

ANDRES. Sí.

FERN. ¿Qué deseas?

ANDRES. Á Consuelo dar mi nombre,
y que olvidando tus bellas
inspiraciones de artista,
lejos, pincel y paleta
arrojes, y para siempre
á la nada y sombra vuelvas.

FERN. ¡Insensato! ¡Infame! ¿Cómo
nació en tu mente esa idea?
¡Si más que la vida pides
cómo quieres quo yo acceda!
¿Quién apagará en mi mente
del genio la llama intensa?

ANDRES. No has medido aún el abismo
que este odio que el alma engendra
abrió á tus plantas, Fernando.
Ese nombre que hoy ostentas
con orgullo, y que en el aire,
entre aplausos mil resuena,
mañana terrible marca
dejará en tu rostro impresa.

FERN. ¡Qué horror!

ANDRES. De tu pobre padre
en el vivo dolor piensa.
¿Cómo resistir podrá,
al oprobio y la vergüenza?
¡es su edad tan avanzada!

FERN. Sí, le matará la pena.

ANDRES. En este abismo profundo
de dolores y miserias,
Fernando, por recordar
el más agudo aún te queda.

FERN. No adivino.

ANDRES. ¿Qué, imaginas

que con su altiva nobleza
en tu unión consentirá
el padre de Laura, bella,
y hasta el hijo de un verdugo
descenderá su soberbia?

FERN. Es cierto.

ANDRES. Elige, ó la gloria,
ó de amor la dicha inmensa.

FERN. En vano ¡ay triste! mis ojos
cerrar quiero á la evidencia.
Si esto es un sueño no más,
¡alma, despierta, despierta!

ANDRES. No sueñas.

FERN. (Furioso.) ¿Y no comprendes
que la cólera me ciega
y que mi honra cubriré
con la sangre de mis venas?

ANDRES. ¿Tan insensato me juzgas
que al traspasar esa puerta
no precaví ese peligro?

FERN. (Ap.) Ningún recurso me queda.

ANDRES. Fuera mi muerte señal
de tu oprobio y de tu pérdida.

FERN. Vete: al arte no renuncio
aunque el infierno se empeña;
ella endulzará piadosa
mi ya amargada existencia.

ANDRES. No, sin Laura, volverá
tu espíritu á las tinieblas,
que no brotan en la mente,
que remordimientos pueblan
de un infelíz parricida
del genio la luz serena;
ni se oyó nunca entre aplausos,
nombre de infamia y vergüenza.

FERN. Es cierto. ¡Ten compasión! (Llora.)
¡si tú como yo sufrieras!
¿No sabes que del artista
son las delicias inmensas?

ANDRES. Te basta, si sólo un día
gozaste dicha suprema;
injusta fuera la suerte

al otorgártela eterna.

FERN. ¿Andrés, es tanto tu odio.
que así ambicionas padezca?

ANDRES. ¡Inmenso!

FERN. Es tu corazón
aún más duro que una piedra,
que en los mármoles al fin
las lágrimas hacen huella.
Sacia ya en mí tu rencor;
arroje tu envidia ciega
mi nombre á la oscuridad,
y mi alma á tortura eterna,
que por Laura rompo yo,
mi pincel y mi paleta.
¡Adiós, arte, hija del cielo!
¡Adiós, ilusiones bellas,
á cuya luz yo veía
el mundo en continua fiesta!
¡Adiós! mi gloria adorada,
¡qué de tormentos me cuestas!
¡Si naciste del dolor,
qué has de engendrar sino penas!

ANDRES. Como un esclavo obedece;
una sumisión completa;
tan sólo á ese precio callo.

FERN. (Ap.) ¡Qué suplicio!
(Alto.) ¿Qué me ordenas?

ANDRES. Antes de todo, á Consuelo,
dí al momento que aquí venga.

ESCENA IX

DICHOS y CONSUELO por la derecha.

FERN. Ven, Consuelo. (Llamándola.)

ANDRES. (Aparte.) ¡Es muy hermosa!

CONS. (Ap.) ¡Oh, Dios! ¿Qué ha pasado aquí?

FERN. Escucha, que para tí
esta nueva es muy dichosa.
Ojalá tu dicha labre
lo que destruye la mía.
Renazca ya la alegría,

al gozo tu pecho abre.
Yo que rechazaba ayer
hasta con indignación
vuestra apetecida unión,
hoy la veré con placer.

CONS. No comprendo.

FERN. Es más, te ruego
que des pronto á Andrés tu mano.

CONS. ¡Tú! (Con sorpresa y dolor.)

FERN. Si antes suplicó en vano,
hice mal, estaba ciego.

CONS. ¿Qué talisman, qué razón
tuerce así tu voluntad?
¿Por qué, dime, sin piedad
desgarras mi corazón?

FERN. ¡Yo labrar tu desventura!

CONS. ¿Y mi llanto y mi martirio?
¿No adivinas?... (Ap.) ¡Qué delirio
iba á decir mi locura!

FERN. ¿De tus labios, no escuché
que era Andrés tu dueño amado?

ANDRES. ¿Y por qué me has rechazado
entonces? díme, ¿por qué?

CONS. (Bajo á Andrés.) Lo sabes, acaso ansías
ver cómo mi pecho estalla.

ANDRES. (Id. á Consuelo.) ¡No, Consuelo! ¡calla ¡calla!

CONS. (Id. á Andrés.) ¿Y ser mi esposo creías?
Nunca, Andrés, lo has de alcanzar;
ruega y amenaza en vano.

FERN. ¿Cuál era el dolor tirano
que tanto te hizo llorar?

ANDRES. Sólo una dulce esperanza
un instante me halagó;
pero, al perderla, creció
mi deseo de venganza.
Mi esposa, y pronto, será.

FERN. Mas jamás á su despecho;
no tengo yo ese derecho.

ANDRES. Si ella, al fin, consentirá.
Escucha: puedo cubrir
este hogar de tal dolor,
y vergüenza y deshonor,

que á don Juan hagan morir.

CONS. De comprenderlo no acabo,
Fernando, ¡habla! ¡por piedad!

FERN. Lo que dice es la verdad.
¿No ves que como un esclavo
le obedezco?

CONS. Ya no dudo.

ANDRES. ¿Lo ves?
(Dirigiéndose á Fernando.)

CONS. Pero ¡oh, Dios! si cedo...

ANDRES. Hay más; á Fernando puedo
herir con dolor agudo,
pues dispongo de su suerte.

CONS. Te obedezco, aunque temblando;
que por salvar á Fernando,
sufriera yo hasta la muerte.

FERN. ¡Cuándo, hermana, pagaré!...
(Consuelo en un arranque de inmensa desesperación que en vano procura aplacar Andrés.)

CONS. ¡Como otra pasión le ciega,
el dolor el alma anega,
y el ingrato nada vé!
Aunque sea desgraciada
por evitarle un pesar;
aunque me mire espirar,
¡no comprende nada! ¡nada!

FERN. ¡Me ama! (Con asombro y pena.)

CONS. (Cubriéndose el rostro.) ¡Oh!

FERN. Ni esa pasión,
ni el sacrificio merezco.

ANDRES. ¡Consuelo! (Frenético.)

CONS. Si te obedezco;
mas suyo es mi corazón.

FERN. ¡Jamás ha de ser tu esposa!
No haré esa infamia, es el nombre;
sufra yo, el fuerte, yo el hombre,
no una niña candorosa.

CONS. (Ap.) ¿Qué hice y dije en mi extravío?
¿Dónde mi rostro ocultar?

ANDRES. (Ap.) ¿Qué hacer? ¿Cómo doblegar?...
¡Oh, dicha! ¡Fernando es mío!
(Se halla cerca de la ventana, y ve venir á Lau-

ra. Seguro de vencer la resistencia de Fernando, le llama para mostrársela.)

Has jurado obedecer.
Mira á tu Laura querida.

FERN. ¡Se acerca! ¡mi amor! ¡mi vida!
¡Insensato! ¿qué iba á hacer?

ANDRES. Sólo te exijo callar.

FERN. ¿Cómo ocultar mi dolor?

ANDRES. Por tu padre, por tu amor.

FERN. ¿Y Consuelo, y su pesar?

ESCENA X

DICHOS, LAURA y DON DIEGO su padre.

Entran por el fondo, se quedan indecisos al comprender sucede algo de extraño, y sólo vienen á primer término cuando los interrogan.

ANDRES. (Ap. á Fernando.) Mira tu Laura, esa es:
cuán tranquilo su semblante.
¿Desgarrarás de tu amante
el corazón?
(En un arrebato de pasión.)

FERN. (Ap. á Andrés.) ¡Nunca, Andrés,
ver yo en su rostro el horror!
¡aunque sea criminal,
y en su alma clave un puñal,
(Señala á Consuelo.)
y á mí me mate el dolor!

ANDRES. (Id á Fernando.) Tan solo breves momentos
ten valor para sufrir,
porque voy á destruir
de tu triunfo los cimientos.

LAURA. ¿Qué pena así te traspasa? (Á Consuelo.)
¿Por qué Fernando ha ocultado
su rostro desencajado?

DIEGO. ¿Qué sucede en esta casa?

LAURA. ¡Decidnos pronto! ¡por Dios!

ANDRES. No os extrañe, no, don Diego,
si sordos á vuestro ruego
aún permanecen los dos.
Pronto el misterio sabréis

que en esta casa se enciera,
y nunca en toda la tierra
otro igual encontraréis.

FERN. (Ap.) ¿Qué irá decir? (Con asombro.)

LAURA. ¿Qué tortura
en tal pena le ha sufrido?

ANDRES. Una falta ha cometido
sólo por vuestra hermosura.

LAURA. ¡El!

ANDRES. Sí, la sed de la gloria
tanto su pecho inflamó...

FERN. ¡Acaba!

ANDRES. Que me compró
el laurel de la victoria.

FERN. ¡Andrés! (Ap. á Andrés loco de angustia.)

ANDRES. ¡Ese cuadro es mío!

FERN. ¡Insensato, mátame!
(Ap. á Andrés desesperado.)

LAURA. ¡Imposible! ¡no!

CONS. (Ap.) ¿Qué haré?

DIEGO. ¿Llegó á tanto su extravío?

FERN. No he de callar. (Ap. á Andrés.)

ANDRES. (Id. á Fernando.) El desprecio,
y en su semblante el horror,
verás en lugar de amor.

FERN. Es verdad. (Ap. á Andrés.)

DIEGO. (Á Andrés.) ¿Pero á qué precio?
¿mas qué caudal soberano
pudo á tal punto cegarte?

ANDRES. He sido traidor al arte
de Consuelo por la mano.

LAURA. Fernando, habla por piedad,
que ese silencio me mata.

CONS. ¡Tú lo quieres, insensata!
y bien, ¡díle la verdad!
¡Por mi cariño acendrado!

LAURA. Por el amor más ardiente,
dí que miente, sí, que miente,
que á todos nos ha engañado.

FERN. ¡Dejadme, ó me vuelvo loco!

ANDRES. ¿Vas á hablar? (Bajo á Fernando.)

FERN. (Id. á Andrés.) No, no, aunque muera.

(Ap.) Si yo matarle pudiera...
¡Pero matarle es muy poco!

ANDRES. Abrumado de dolores
dice que el arte abandona,
y arroja con su corona
pincel, paleta y colores.

FERN. (Bajo á Ándrés.) No, que el alma exhala ya
por la gloria un hondo grito,
y este afán grande, infinito,
apagar nadie podrá.

ANDRES. (Id. á Fernando.) Calla, ¡y ella que te adora!

FERN. (Id. á Andrés.) ¡Aunque su pecho taladre!

ANDRES (Id. á Fernando.) Mira quien viene.

FERN. (Aterrado.) ¡Mi padre!

ANDRES. (Bajo á Fernando.) Atrévete á hablar ahora.

ESCENA X

DICHOS y JUAN por la derecha.

Juan nota el trastorno de su hijo, y le interroga al momento con inquietud.

JUAN. ¡Fernando!

FERN. (Aparte.) ¡Gloria querida!

JUAN. ¿Qué tienes? (Á Fernando.)

FERN. (Á Juan.) ¡Mi horrible suerte!
¿Porqué no me díste muerte
en lugar de darme vida?

JUAN. (Á Fernando.) ¿Qué motiva ese dolor?

FERN. (Bajo á Juan.) Tú solo has de comprenderlo;
pero no intentes saberlo
por tu dicha y por mi amor.

JUAN. (Id. á Fernando.) Una sospecha cruel
por mi mente ha atravesado.
¿Sabe Andrés?...

FERN. (Id. á Juan.) Pero ha callado.

JUAN. ¿Á qué precio? (Id. á Fernando.)

FERN. (Id. á Juan.) ¡Digno de él!

JUAN. Una infamia. (Id. á Fernando.)

CONS. (Ap.) Si pudiera
á mi Fernando salvar.

JUAN. (Ap.) ¿Cómo á Andrés le hizo callar?
DIEGO. Nunca tal dobléz creyera
que guardase un sér tan noble.
LAURA. ¡Padre!
ANDRES. El amor le disculpa,
y que al confesar su culpa
es hoy su mérito doble.
De Fernando accedo al ruego;
su triunfo ya le espantaba
al par que le avergonzaba:
por eso he hablado, don Diego.
DIEGO. Como si fuese mi hijo
le perdono de buen grado.
Le quiero pobre y honrado;
que yo sólo no transijo
con las faltas del honor,
porque mi clara hidalguía,
ni por Laura aceptaría,
la infamia y el deshonor.
ANDRES. Para que tan triste historia
más pronto se dé al olvido,
yo también he decidido
renunciar á tanta gloria.
Y esta obra vuelva ya,
y para siempre á la nada
mi mano desesperada
hoy mismo la sumirá.
FERN. No, Andrés, no lo sufriré,
JUAN. (Ap.) ¡Con qué pesar su alma lidia.
¡Terrible, terrible envidia!
LAURA. ¡Fernando!
CONS. (Aparte.) ¡Y yo lo veré!
FERN. No consiento... (Bajo á Andrés.)
ANDRES. (Id. á Fernando.) Sufre y pena,
más tormento me hizo á mí.
FERN. (Id. á Andrés con furor reconcentrado.)
¡Ay, desgraciado de tí
si yo rompo mi cadena:
bien sus anillos enlaza,
ó teme que al fin estalle,
y pon si quieres que calle
en mi boca una mordaza!

JUAN. ¿Qué hacer? (Bajo á Consuelo.)
CONS. (Id. á Juan.) Decida él su suerte.
Si yo una frase dijera,
por siempre á Laura perdiera,
y callo y me doy la muerte.
JUAN. (Id. á Consuelo.) Sufrir tal profanación,
no puede, Consuelo, el alma.
CONS. (Id á Juan.) Padre, silencio, ten calma,
imita á mi corazón.
ANDRES. Yo apuraré hasta las heces
las copa de mis dolores.
Mueran formas y colores.
(Se lanza Andrés á romper el cuadro reprimiendo mal su diabólica alegría; pero Fernando le detiene en el colmo de la desesperación.)
FERN. ¡Antes muera yo mil veces!
ANDRES. ¡Aparta, Fernando! ¡calla!
FERN. Como espacio, es muy estrecho
para tal dolor mi pecho;
nada le contiene, estalla.
ANDRES. Calma el funesto extravío.
FERN. La verdad diré.
ANDRES. ¡Ay de tí!
DIEGO. ¿Qué causa ese frenesí?
LAURA. Fernando, habla.
FERN. (Delirante.) ¡El cuadro es mio!
ANDRES. No sigas, ó vas á ver
de infamia un sello en tu frente.
FERN. ¡A un volcán que estalla ardiente,
qué diques quieres poner!
ANDRES. (Fuera de sí.) Temed todos mi furor,
teme mi horrible venganza,
y renuncia á la esperanza
de Laura y su puro amor.
Yo diré.
FERN. ¡No, yo tan solo!
(Separa á Andrés, se coloca delanto del cuadro, exclamando en un arranque lleno de nobleza y dolor.)
Porque á la suerte así plugo,
soy el hijo de un verdugo.
Esta vergüenza, este dolo,

era el terrible secreto
conque mis labios sellaba
la cadena que arrastraba
como un esclavo sujeto.
¿Acaso, yo soy culpable
de la cuna en que nací?
¿El alma se enjendra aquí
como el cuerpo miserable?
¿Del crimen la esclavitud
porque he de sufrir si inflama
mi pecho la pura llama
del arte y de la virtud?

JUAN. ¡Perdón, Fernando, perdón!
¿Por qué? ¿por qué no has callado?

DIEGO. Al verte tan desdichado
siento herir tu corazón.

LAURA. ¡Padre! ¡padre! (Llorando.)

DIEGO. No, jamás
su nombre se unirá al mío.

ANDRES. El fruto de tu extravío
ya has recogido.

FERN. No más.

LAURA. ¡Le amo!

FERN. Laura, por tu amor
tanto mi pecho se inflama,
que de mi genio la llama
va á lanzar tal resplandor,
que al mundo deslumbrará,
y de aquella hacha terrible
que alzó el verdugo inflexible,
hasta el brillo apagará.

DIEGO. Pronto, salgamos de aquí.
(Desde este instante, hasta que se retiran, Diego lucha por llevarse á Laura que resiste y suplica.)

LAURA. ¡Por la gloria me has vendido!

FERN. ¡Laura mía! ¡la he perdido!

CONS. (Ap.) Y yo te recobro á tí.

FERN. ¿Y tú, espíritu infernal,
aún estás aquí? ¡insensato!
Huye, Andrés, vete, ó te mato
de mi casa en el umbral.

ANDRES. (Furioso.) ¡Sí, pronto de ella saldré;

mas teme mi vivo encono;
de tu gloria el alto trono
yo mismo derribaré!
En calle, plaza y salón
tu infamia he de proclamar,
y de Consuelo matar
el honor y el corazón,

FERN. ¡Andrés! (Fuera de sí.)

ANDRES. ¿No ves su alegría?
Laura, Consuelo es su amante.

(Juan y Consuelo contienen á Fernando que quiere arrojarse sobre Andrés.)

FERN. ¡Dejadme solo un instante!

CONS. ¡No!

JUAN. ¡No!

LAURA. ¡Ella!

DIEGO. ¡Ven, hija mía!

FERN. ¡Huye, Andrés, y en tu camino
al verme, defiéndete;
porque si no, yo seré
por tí un infame asesino.
Aunque te llegue á guardar
en sus entrañas el mundo,
ó un abismo más profundo
que los abismos del mar,
yo por fin he de encontrarte,
y del sol al resplandor
ó de la luna al fulgor,
he de morir ó matarte.

ANDRES. ¡Si antes no te pierdo á tí!

(Vase Andrés puerta del fondo.)

LAURA. ¡Adiós, me has dado la muerte!

FERN. ¡Culpa tan sólo á la suerte;
mas no me culpes á mí!

(Diego consigue llevarse á Laura. Salen por la puerta del fondo.)

¡Padre, hermana, amante y nombre,
en un abismo he sumido!
¡Gloria, bien apetecido,
qué cara cuestas al hombre! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración. Al caer la tarde.

ESCENA PRIMERA

CONSUELO y JUAN. Él sentado en un sillón meditabundo; ella asomada á la reja.

CONS. (Ap.) Su postrera llamarada,
ya entre aquella nube roja
el sol moribundo arroja,
se acerca la noche... y nada;
mi Fernando que no viene.
Aunque así de mí se aleja,
la esperanza no me deja
y me anima y me sostiene.
¿Si á su Laura olvidará
que es un imposible viendo,
y su afecto á mí creciendo
en amor se tornará?

JUAN. ¿Allá á lo lejos no ves
si á casa vuelve Fernando?
Siempre que sale, temblando
estoy que al fin hallé á Andrés.
En ira su pecho arde.

CONS. Bien sabes que huye de él!
Es demasiado cruel

para que no sea cobarde.

JUAN. Es que temo una traición,
sí, Consuelo, una emboscada:
¡esta casa es tan aislada!
¿Viene ya? No fué ilusión.

CONS. ¿Cómo aún con tal temor lidia
tu alma? Si Andrés no se esconde,
huyó no se sabe dónde,
porque su infamia y su envidia,
de Roma le han desterrado.
Aseguran que ha partido,
de todos aborrecido
y del taller arrojado.

JUAN. Sus compañeros leales
vieron con gozo el suceso
por verse libres del peso
de sus mayores rivales.

CONS. Á Fernando compadece
más de uno y su pena llora.

JUAN. No ellos, Roma que le adora
y con él sufre y padece.
Abrumado de dolores
para el arte se ha perdido,
y yacen en el olvido
pincel, paleta y colores.
Con el amor la alegría.
y la luz faltó á su mente,
y la fiebre lentamente
le consume noche y día.
Sufre al mirar mi tormento,
y en su nombre el deshonor,
y le matarán dolor,
vergüenza y remordimiento.
No es posible que resista
el pesar que su alma parte.
¡La envidia no mata el arte,
pero envenena al artista!

CONS. ¡Su herida se curará,
en el olvido el pasado
al ver, y al sentirse amado
al trabajo tornará!

JUAN. No, porque su mal avanza

y la muerte pronto llega.

CONS. Te engañas.

JUAN. ¡Si á tí te ciega
la más risueña esperanza!
Aquel pálido semblante
del insomnio perseguido,
yo no doy nunca al olvido,
ni su mirar delirante.

CONS. Cesará su padecer;
que para ese corazón,
un bálsamo la pasión
de mi pecho puede ser.

JUAN. En vano sufro y me aflijo,
y á Dios pido noche y día
que alumbre la mente mía
para salvar á mi hijo.
¿Cómo mi nombre dejar
limpio de esa mancha impura,
y de Laura la hermosura
volver para él á alcanzar?

CONS. Aún es su dicha posible;
tal vez consiga que me ame.
Mientras él padre te llame
sueñas con un imposible.

JUAN. ¿Qué has dicho?

CONS. ¡Le salvaré!

JUAN. En tanto su padre sea
no hay dicha para él... ¡qué idea!
no lo soy, no lo seré.

CONS. ¡Explícame, yo te ruego!...

JUAN. Sin padres, y desgraciado,
yo le acogí, y le he adoptado;
así cederá don Diego,
y así todo se concilia.
Le amo cual si fuera un hijo,
por eso lloro y me aflijo,
tú y él no sois mi familia.

CONS. ¡Padre, cesa por piedad!

JUAN. Yo, por orgullo cruel
no quise decirle á él
aquel día la verdad.
(Se dirige á la puerta del fondo.)

CONS. ¿Qué haces?
JUAN. Voy ahora mismo.
CONS. ¿Dónde?
JUAN. Á salvar á Fernando.
CONS. ¡Y no ves que estoy llorando!
JUAN. Será tanto tu egoísmo
que no sufras con su herida,
que goces con su dolor.
CONS. ¡Padre, yo quiero su amor!
JUAN. ¡Pero yo quiero su vida!
CONS. ¡Un día, una hora detente!
mi esperanza no deshojes,
en el dolor no me arrojes,
oye mi ruego doliente.
Aún lograré hacerme amar;
así mi dicha es posible,
si la tornas, imposible;
¡padre, me vas á matar!
JUAN. No prolongues mi tormento.
Cese esta escena cruel.
Alguien viene, ¿será él?
CONS. ¡Laura! ¡oh, Dios, en qué momento!
JUAN. Tu pena mi pecho siente.
Es ella: á mis brazos ven,
es tu hermana que también
padece y es inocente.
(Juan abraza tiernamente á Consuelo.)

ESCENA II

DICHAS, LAURA y una DUEÑA

Vienen por la puerta del fondo; la Dueña queda en segundo término.

LAURA. Disculpe mi atrevimiento
el dolor que me traspasa.
JUAN. ¿Cómo vuelves á esta casa?
LAURA. Tan solo por un momento.
JUAN. ¿Tu padre, al verte llorando,
cedió acaso?
LAURA. Es inflexible,

que esta unión es imposible,
dice, y que olvide á Fernando.
No oye mi llanto y mi ruego;
no ve mi dolor agudo;
á los unos está mudo
y para el otro está ciego.
Desde aquel fatal instante,
no sé el tiempo que ha corrido,
si noches han transcurrido,
ni si alumbró el sol brillante.
De mis lágrimas el velo,
sombras tiende por doquier,
y nada ya he vuelto á ver
ni en la tierra, ni el cielo.
En mí surgió de repente
sólo un afán infinito,
y del alma, un hondo grito,
se exhaló vivo y ardiente.
¡Te amo, Fernando, y tú no
me llegues nunca á olvidar!

JUAN. ¿Quién consigue separar
dos almas que Dios unió?

LAURA. (Señala á la Dueña.)
Rogué y cedió: quise ver
el taller que adoré tanto,
enjugar aquí mi llanto,
deciros mi padecer,
y que en vos, don Juan, no veo
del hombre el fatal delito,
sino el amor infinito
de padre. Vivo deseo
también, hermana querida,
de abrazarte me acosaba.

CONS. (Ap.) Tampoco ella le olvidaba.

LAURA. ¿No te amé toda mi vida?
¿Imaginas que creí
lo que dijo aquel infame?
Quiere que yo no te ame,
quiere vengarse de tí.

JUAN. Yo puedo, Laura, endulzar
esa pena tan terrible;
aún es tu dicha posible.

LAURA. ¿Cómo?
JUAN. Y puedes esperar.
Le voy á hablar á don Diego,
y un secreto á descubrir;
tal vez he de conseguir
más que tú, con llanto y ruego.
LAURA. ¡Qué bálsamo! ¡qué alegría
inunda mi corazón!
CONS. (Bajo á Juan.) ¿Y no tienes compasión,
padre, de la pena mía?
JUAN. (Id. á Consuelo.) Ni de la que siento aquí.
Aunque se trueque en horror
del hijo el inmenso amor,
hoy feliz será por mí.
CONS. (Ap.) Para siempre le he perdido.
LAURA. ¡Adiós! quiero que me abraces;
hermana, no me rechaces.
¿Qué te hice? Yo te lo pido
por el amor acendrado
que mi madre te tenía.
CONS. ¡Ah! ¡mi Laura! ¡hermana mía!
Ese nombre me es sagrado.
(Se abrazan llorando las dos.)
JUAN. Ven pronto á ver si consigo
vuestra unión.
LAURA. ¡Hermana, adiós!
CONS. (Ap.) La dicha va de ella en pos,
y el dolor queda conmigo.
(Vanse Juan, Laura y la Dueña por el fondo.)

ESCENA III

CONSUELO y MARTA

Ha nochecido: Marta entra luces.

CONS. (Ap.) Bella imagen de María,
que trazó su hábil pincel,
tú, mi primera alegría,
en este instante cruel
bálsamo á mi pecho envía.

Haz que ni por un momento,
ni me halague la venganza,
ni de celos el tormento,
y manda á mi pensamiento
alguna dulce esperanza.
Para dejar de sufrir
mundo fantástico crea,
en que yo pueda vivir;
¿qué importa que un sueño sea?
ya despertaré al morir.
(Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA IV

MARTA y después ANDRÉS

MARTA. Siempre esta niña llorando
por imposibles amores.
¿Su pecho están traspasando
tantas penas y dolores
por Andrés, ó por Fernando?
No lo adivino en verdad.
Ya es hora: cerraré aquí,
que avanza la obscuridad,
y miedo me causa á mí
ver en esta soledad
á dos mujeres.
(Va á cerrar Marta la puerta del fondo, y se lo impide Andrés que entra de repente.)
ANDRES. ¡Detente!
MARTA. ¿Quién? ¡Andrés! ¡Cielo divino!
ANDRES. Oye, calla, y sé prudente.
MARTA. (Ap.) Del infierno aquí nos vino.
ANDRES. Qué obedezcas ciegamente
te mando, presta atención.
¿Quieres la guerra, ó la paz,
oro, ó hierro?
MARTA. ¡Compasión!
(La muestra Andrés un bolsillo lleno de dinero y un puñal.)
ANDRES. Yo soy de todo capáz.
MARTA. No es dudosa la elección.

ANDRES. Toma, y te daré aún más oro;
pero, ¡ay de tí si me vendes!
¿Sabes que á Consuelo adoro?
MARTA. Sí.
ANDRES. Quiero hablarla: ¿comprendes?
MARTA. No es posible, yo te imploro.
ANDRES. Ha de estar sola conmigo
en este mismo taller
de mi derrota testigo.
MARTA. Ahora no puede ser,
si vuelve el que fué tu amigo...
ANDRES. Cuando se vaya Fernando
me esperas tú en una reja,
y haces lo que yo te mando.
MARTA. Mas si don Juan no se aleja...
ANDRES. Salir le haré.
MARTA. Estoy temblando.

ESCENA V

DICHOS y FERNANDO por el fondo.

ANDRES. No faltes.
MARTA. Pierde cuidado.
¡Don Fernando! ¡Oh, santos cielos!
FERN. ¡Andrés! ¡Mis ojos me engañan!
¡Eres tú, por fin te encuentro!
Ven, salgamos, que manchar
con tu vil sangre no quiero
mi hogar.
MARTA. ¿Qué va á suceder?
¡Consuelo, acude aquí presto!
(Vase Marta por la derecha.)

ESCENA VI

DICHOS, después CONSUELO por la derecha.

FERN. ¡Tiemblas, vacilas! ¡Cobarde!
ANDRES. ¿Piensas que á la muerte temo?
FERN. No lo sé; pero es precisa
á mi odio y á mi sosiego.

CONS. ¡Huye, Andrés! ¡Fernando, escucha!
ANDRES. No temo yo al mortal sueño,
sino quedar sin venganza.
FERN. ¿Acaso mi sufrimiento?...
ANDRES. Á calmar aún no ha llegado
el furor que arde aquí dentro.
FERN. ¡Andrés!
ANDRES. No sabes odiar.
FERN. Sí, que has sido mi maestro,
y á aborrecer no me igualan
ya tú, ni todo el infierno.
ANDRES. No, Fernando, no; del odio
no has bebido tú el veneno,
ni comprendes esta sed
en que se abrasa mi pecho.
¿Por qué al herirte iracundo
el dolor en mi alma siento?
FERN. Y bien, calma con mi sangre
al punto ese ardiente fuego.
CONS. ¡Por nuestro padre, Fernando!
ANDRES. No imagines retrocedo
cobarde, al ver el peligro.
Si ayer quise, no lo niego,
vengarme, y vivir después
dulce fruto recogiendo,
hoy sólo ansío que caigas
en un abismo tan negro,
que de tus dichas no quede,
ni al mundo un leve recuerdo,
aunque en tu sangre y tu ruína
quede yo también envuelto.
FERN. No quieres luchar conmigo
como debe un caballero.
ANDRES. No, jamás.
FERN. Te haces justicia,
no lo mereces, es cierto.
ANDRES. Fueras dichoso al matarme
sin tener remordimientos.
FERN. Remordimientos tendré,
calma tu furor acerbo,
porque tal vez tu cadáver
tornara horribles mis sueños

persiguiéndome aun después
de la tumba tu odio inmenso.

CONS. ¡Amparadme! ¡Virgen santa!

(Coge Fernando una espada de una panoplia; su furor va creciendo y cegándole: Consuelo procura contenerle.)

FERN. De tu sangre estoy sediento.
¡Defiéndete! ¡aparta! ¡pronto!
Empuña, cual yo un acero,
mira que vas á morir
de un modo vil, ¡que estoy ciego!

ANDRES. Hiere, y cumplo mi venganza.

CONS. ¡Matar á un hombre indefenso!

ANDRES. ¡Hacer de él un asesino!

FERN. ¿Qué dices?

ANDRES Eso lo acepto.
Caiga de su pedestal
de sangre mía cubierto
el falso ídolo de Roma,
y que al mirarle en el cieno
comprendan que puede mucho
de tan vil padre el ejemplo.

FERN. ¡Déjame! (Lucha por apartar á Consuelo.)

CONS. ¡Detente, un crimen!

FERN. (Frenético.) ¡Se borra con otros ciento!

CONS. ¡Por tu padre! ¡por tu nombre!
¡Por Laura!

FERN. ¡Dulce recuerdo!

CONS. ¡Ay! puedes ser muy felíz;
vino aquí.

FERN. ¡Ella!

CONS. Y un secreto...

ANDRES. ¡Él dichoso! ¡No, jamás!
¡Aún vivo yo, y le aborrezco!

FERN. ¡Aparta!

ANDRES. Ha de conseguir
mi afán perderte.

FERN. Lo temo.

ANDRES. He de amargar tu existencia,

CONS. ¡Por piedad!

FERN. ¡No, vive el cielo!
Muere, aunque mueran contigo

gloria y amor, que el veneno
de tus frases oscurecen
la razón en mi cerebro.
(Cuando agotadas las fuerzas de Consuelo ya no puede contener á Fernando, entra Juan.)

ESCENA VII

DICHOS y JUAN por el fondo.

JUAN. ¿Fernando, qué vas á hacer?
FERN. ¡Padre!
CONS. Llegastes á tiempo.
(Arranca Juan el arma á Fernando.)
ANDRES. ¡Don Juan!
JUAN. Lo que cuesta un crimen
no lo has visto por mi ejemplo.
FERN. ¡Oh!
JUAN. Y que de sangre una gota
produce mares inmensos
de triste llanto.
FERN. Es verdad.
CONS. ¿Lo oyes, Andrés? huye presto.
FERN. Y después de hallarte al fin,
por segunda vez te pierdo.
¡Cobarde! ¿Por qué me buscas,
cuando con mano de hierro
las lágrimas me sujetan,
los sollozos y los ruegos?
Ven á mí, preséntame
sin estos muros tu pecho,
que ni mujeres, ni ancianos
defiendan tu infame cuerpo,
y verás á dónde llega
mi valor y mi denuedo.
CONS. ¡Fernando!
JUAN. Hijo, vuelve en tí.
Calme tu furor acerbo
el saber que ya consiente
en vuestra boda don Diego.
FERN. ¿No me engañas? ¿Es verdad?
JUAN. Te lo juro.

CONS. (Ap.) ¡Ay! ¡Ay, yo me muero!
JUAN. Y que tu nombre, sin mancha,
podrás ostentar soberbio.
FERN. ¡Gloria! ¡amor! ¡con qué placer
á recobraros hoy vuelvo!
Ya me enagena la dicha.
ANDRES. Dichoso... y sufrirlo puedo.
Las penas que juzgué eternas
serán breves como un sueño,
y tan sólo servirán
mi venganza y mis proyectos
para apreciar más los goces
de su pérdida al recuerdo.
FERN. ¿Qué hacer con ese insensato?
CONS. Huye de nosotros lejos,
Andrés.
FERN. Nos será fatal.
ANDRES. ¡Á los tres os aborrezco!
(Ap.) Para cumplir mi venganza
dame ¡oh, noche! tu silencio,
y que tu manto de sombras
envuelva y cubra mi cuerpo.
(Vase por el fondo.)

ESCENA VIII

FERNANDO, CONSUELO y JUAN

CONS. ¡Dios ilumine su alma!
JUAN. Ya por siempre le olvidemos.
FERN. Decidme pronto, que ansío
conocer ese misterio.
¿Cómo se borra esa mancha?
¿Cómo cedió al fin don Diego?
¿Por qué nada me decís,
y me responde el silencio?
Ha consentido en mi unión,
¿de qué modo, y á qué precio?
Hay lágrimas en tus ojos;
en tu rostro el dolor leo.
Lo que mi pecho enagena,
¿por qué desgarra mi pecho?

JUAN. ¡Fernando, perdónamel
antes de hablar, lo primero,
mientras yo no lo consiga.
FERN. ¡Mi perdon! no te comprendo.
JUAN. ¡Tanto daño te ha causado
mi falta!
FERN. De ella no hablemos.
Olvídala, padre mío.
JUAN. Ese nombre no merezco.
FERN. ¿Qué dices?
JUAN. No soy tu padre.
FERN. Me engañas: eso no es cierto.
JUAN. Gloria y amor te consuelen
de perder á un padre viejo:
porque yo no lo soy tuyo,
aunque te quise y te quiero
más que á un hijo si es posible.
Tu cariño, bien lo veo,
mucho va á disminuir.
FERN. Te engañas, siempre mi afecto...
JUAN. Ese temor que ocultase
me hizo siempre este secreto.
Quería todo el amor
que sintieras en tu pecho;
pero al verte desgraciado
me asaltó un remordimiento,
y comprendiendo era un crimen
callar, he hablado por eso.
(Lucha Juan por dominar su emoción.)
FERN. ¡Padre! si tan dulce nombre
siempre estaré repitiendo,
que para mi corazón
nunca dejarás de serlo.
JUAN. ¡Hijo del alma!
FERN. ¡Oh Dios mio,
cómo ha vibrado tu acento!
Eres mi padre, me engañas.
No mienten aquellos besos,
aquellas dulces caricias,
aquel cuidado tan tierno
que hizo mi infancia felíz.
No es de un extraño el afecto,

sino el vivo amor de un padre
lo que yo á tu lado encuentro.

CONS. (Ap.) ¿Si no podrá resistir
y hablará? ¡Infame deseo!

JUAN. Tal idea no alimentes.
Debiste el sér, es lo cierto,
á una mujer que adoraba.

FERN. De tu amor el loco extremo
temí un sacrificio hiciera
que por nada aceptar debo.

JUAN. Podrá un padre por un hijo,
en su afán ardiente, inmenso,
dar ó recibir la muerte
sólo un instante por verlo;
pero negarle ese nombre
sagrado, no lo comprendo;
á tal dolor se rompieran
todas las fibras del pecho,
y yo ya ves ¡hijo mío!
que estoy tranquilo, sereno.

CONS. ¿Te matas? (Bajo á Juan.)

FERN. ¿Será verdad?

JUAN. Y de Roma me destierro.

FERN. ¿Qué dices?

JUAN. No, no es por tí,
mi vergüenza esconder quiero.
No es para siempre. (Ap.) ¡Ojalá

FERN. ¡Ni un instante!

JUAN. Breve tiempo.
Inútil es cuanto digas.

FERN. ¡Padre mío!

JUAN. Lo he resuelto.

FERN. Oye, escucha.

JUAN. ¡Déjame!
¡No insistas, yo te lo ruego!
(Vase Juan por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA IX

FERNANDO y CONSUELO

FERN. ¿Por qué cuando de la dicha

la copa á mis labios llevo
antes de saciar mi sed
siempre la amargura encuentro?

CONS. Calma tu pena, Fernando,
al cielo estás ofendiendo.

FERN. Quiero á don Diego rogar,
pedir. ¿No es verdad? yo debo
por mi pobre padre hoy mismo
ir allí.

CONS. (Ap.) Busca un pretexto
para correr á su lado.

FERN. (Ap.) Laura le dará á mi pecho
el bálsamo de su amor.

CONS. Escucha: un vil pensamiento
no me impulsa á detenerte;
más me atormenta el recuerdo
de la amenaza de Andrés.

FERN. Del furor bajo el imperio.

CONS. No, no son vanos temores,
te odia mucho, y es soberbio.
El insistirá en vengarse;
de qué modo, es su secreto;
pero algo horrible te espera;
para el crimen ¡es un genio!
(Llorando, y como si desvariase.)
Te acecha, sí, no me engaño,
le miro en la sombra envuelto.

FERN. ¡Causa el temor tal delirio!

CONS. ¿Y si es aviso del cielo?
Todo es favorable á un crimen;
de esta casa el aislamiento,
la obscuridad de la noche,
el camino solo y negro.
No te vayas, que las horas
son tan largas si huye el sueño,
y sólo nos acompaña
un pesar y llanto acerbo.

FERN. Consuelo, hermana, no llores,
habla que ya te obedezco
con la ternura de un niño,
con la sumisión de un ciego.

CONS. ¿Y por calmar esta angustia

renuncias al embeleso
de tantas horas de amor?

FERN. ¡No sabes cuánto te quiero.

CONS. ¡Yo te amo!... como una hermana.
(Con pasión, y reprimiéndose en seguida.)
(Ap.) Surge un infame deseo
en mi mente; de su padre
revelándole el secreto
separarle de su Laura.

FERN. Brillen tus ojos serenos;
ven aquí: enjuga ese llanto.
(Se acerca á ella y hace cariñosamente que se seque las lágrimas. Se separa Consuelo de él, aparentando estar ya serena.)

CONS. (Ap.) ¡Qué infamia! Lo que yo siento
no es espanto ni temor,
sino de amor dulce vértigo.
Salvar quiero, no su vida,
el amor que hay en mi pecho.
Conseguí engañarle á él,
y á mi conciencia no puedo.

FERN. ¿Estás tranquila?

CONS. Y me río
de mis temores; yo creo
que ya debes alejarte.

FERN. Si lo mandas, obedezco.

CONS. (Ap.) ¡Sufre y calla corazón!
(Alto.) Sí, vé á calmar de otro pecho
las inquietudes. (Ap.) ¡Huíd
delirios, fantasmas, sueños!

FERN. ¡Adiós, hermana!

CONS. (Aparte.) Mil dudas
se agitan en mi cerebro.

FERN. Tranquila quedas por fin.
(Vase Fernando por la puerta del fondo. Consuelo le ve salir con desesperación.)

ESCENA X

CONSUELO y JUAN por la segunda puerta de la derecha.

CONS. Tranquilidad, y un infierno
arde aquí, no, nó, Fernando
ven, que por tu amor me muero.
JUAN. Calma tu pena, hija mía,
mírame, sigue mi ejemplo.
CONS. ¡Se aleja! no sé por qué
como nunca por él tiemblo.
JUAN. ¡Andrés! Sí, también á mí
me asalta un presentimiento.
CONS. Quise en vano detenerle,
cedió al fin á tantos ruegos,
cuando en mi pecho brotó
padre, un infame deseo.
Á mi garganta subía
cual si fuera lava ardiendo,
y tan sólo tu cariño
puso en mis labios un sello.
JUAN. ¡Consuelo!
CONS. Entonces fingí
como tu rostro sereno.
JUAN. ¿Y se alejó?
CONS. De su Laura
al lado ya le contemplo.
¡Sus miradas adivino,
escucho sus juramentos!

ESCENA XI

DICHOS y MARTA por la segunda puerta de la derecha.

JUAN. ¿Qué quieres?
MARTA. Vengo, señor,
temblando y muerta de miedo.
JUAN. No comprendo...
MARTA. En una reja
me hallaba tomando el fresco,

cuando un embozado á mí
se acerca y me da este pliego.

CONS. Es extraño.

JUAN. ¿Y dijo?...

MARTA. Que
os lo entregase al momento.

JUAN. Dame pronto. (Lee.) «De Fernando
»un puñal amaga el pecho
»esta noche cuando salga
»de la casa de don Diego.»

CONS. ¡Dios mío!

JUAN. Dame armas, pronto.

CONS. ¿Qué hacer? También por tí tiemblo.
¿Y si fuera una emboscada?

MARTA. (Ap.) ¡Es el diablo!

CONS. ¡Dios eterno!

JUAN. No es mi muerte la que ansía,
es la de Fernando.

CONS. Es cierto.

JUAN. ¿Y qué me importa el peligro?
Su vida es lo que yo quiero.

(Marta da á Juan el sombrero; Consuelo armas, y vase por la puerta del fondo, que cierran las dos.)

ESCENA XII

CONSUELO y MARTA

CONS. ¡Protégele, Virgen santa!
¡Ten de mi angustia piedad!
Del taller la soledad
y su silencio me espanta;
aumenta aquí mi extravío,
tiemblo sin saber por qué.
¿Es miedo? ¿Es dolor? No sé.
¡Salva su vida, Dios mío!

(Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XIII

MARTA y después ANDRÉS

MARTA. Ya la señal convenida
me parece que he escuchado.
Hago mal; pero he aceptado
porque va en ello mi vida.
Él es de todo capáz.
No al oro fatal me humillo;
sólo de su acero el brillo
me hizo eligiese la paz.
¿Es él? Sí. ¡Me da un temblor!
(Abre la puerta del fondo y entra Andrés: vuelve á cerrar.)

ANDRES. Toma. (Le da un bolsillo.)

MARTA. ¿Qué mandas?

ANDRES. (Muy sombrío.) A tí
nada, que salgas de aquí.

MARTA. (Ap.) Voy á morir de pavor.
(Vase Marta por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XIV

ANDRÉS

Ya me hallo en este taller
de mí siempre aborrecido;
dos veces salí vencido,
hoy vencedor voy á ser.
Aquí está esa obra admirable
que ha admirado el mundo loco,
y que va á durar tan poco
como su autor miserable.
(Empieza á romper el cuadro y va echando en la chimenea, que está encendida, los pedazos.)
¡Muere! ¡Acaba! ¡Dios eterno!
Hoy ni tú me detendrías.
¡Arde! De estas alegrías
debe haber en el infierno.

ESCENA XV

ANDRÉS y CONSUELO por la segunda puerta de la derecha.

CONS. ¡Ah! (Con asombro y espanto.)
ANDRES. ¡Consuelo!
CONS. (Aparte.) ¡No; él aquí!
¡Me he engañado! ¡no! ¡qué horror!
¡Oh, vil flaqueza! ¡Oh, temor!
¡tanto puedes sobre mí!
¿Mi razón cubres de un velo,
y de fantasmas la pueblas?
¡Ví al ángel de las tinieblas
sobre las ruínas de un cielo!
ANDRES. No; ni rastro quedará
de su nombre á los mortales.
CONS. ¡Espíritus infernales,
¡dejadme, dejadme ya!
ANDRES. No soy sombra, acércate...
CONS. Es su voz. (Ap.) ¡Ay, de mí triste!
ANDRES. Pues mi corazón heriste,
el tuyo desgarraré.
Mueran sombras y color,
y no quede ni memoria.
CONS. (Ap.) Destruye la única gloria
que le quedaba á mi amor.
¿Qué hacer? Él me amaba, sí.
(Alto.) Mira, Andrés, mira mi llanto.
¡Ten piedad de mi quebranto!
ANDRES. No la tuviste de mí.
CONS. Entonces de otra pasión
me cegaba á mí el delirio;
pero hoy, al fin, tu martirio
ablandó mi corazón.
ANDRES. Ya es tarde, ¿no lo comprendes?
CONS. Amor, crimen y locura
conquistaron mi ternura.
ANDRES. ¿Engañarme así pretendes?
CONS. No pienses... ¡te amo!... ¡lo juro!

De su Laura al separarle,
pensé poder conquistarle
con mi amor tan firme y puro;
pero, indiferente y frío,
le mató con su desdén.

ANDRES. Del mismo modo también,
Consuelo, mataste el mío.

(Andrés, que mientras Consuelo le habla de amor, ha detenido su obra de destrucción, desde este instante la continúa con más encarnizamiento, y acaba rápidamente de arrojar al fuego los restos del cuadro.)

CONS. ¡Qué horror!

ANDRES. Tu ruego ya es vano.

CONS. ¡Oh, Dios! ¡me siento morir!

ANDRES. Nada ha de sobrevivir
de ese ingenio soberano.

CONS. ¡Andrés!

ANDRES. Queda todavía
un cuadro de su pincel.

CONS. ¡Qué oigo! ¡Detente!

ANDRES. Sí, aquél.
Voy.

CONS. ¡La imagen de María!

(Entra Andrés por la primera puerta de la derecha, que conduce á la habitación de Consuelo.)

ESCENA XVI

CONSUELO y FERNANDO dentro

CONS. No late mi corazón;
el dolor lo ha destrozado.
¿Qué es esto? Sí, ha resonado
un grito, no es ilusión. (Abre la reja.)
Y era una voz muy querida...
el alma se ha estremecido.

FERN. ¡Consuelo!

CONS. ¡Es él!

FERN. Vengo herido.
Siento se acaba mi vida...
mis fuerzas se agotan ya...

¡Ven!

CONS. ¡Fernando! (Con desesperación.)

FERN. ¡Ayúdame!

CONS. ¡Mi bien! ¡yo te salvaré!
¡Andrés! Muerto le creerá.
(Cierra rápidamente la roja y finge serenidad.)

ESCENA XVII

CONSUELO y ANDRÉS por la derecha. Trae un cuadro pequeño que arroja al fuego, y luógo la mira con aire triunfante.

ANDRES. Habla, muestra tu dolor;
ya de él acabó la gloria.
Cuéntame otra vez la historia
de su desdén y tu amor.

CONS. (Ap.) ¿Cómo salvarle? ¡Dios mío!

ANDRES. Ya es inútil el fingir,
no hay nada que destruir.
Muestra como antes desvío.

CONS. Ahora no puedes dudar
si de mi boca lo escuchas.

ANDRES. Dílo muchas veces, muchas.
¿Por qué me querrá engañar?

CONS. ¡Andrés! ¡yo te amo! ¡te adoro!
¡Si porque al fin lo creyera
más que la vida yo diera!

ANDRES. ¡Consuelo! (Ya indeciso.)

CONS. ¡En vano le imploro!

ANDRES. ¿Cómo saber?... Díme, ¿es cierto?
¿no le conservas amor?

CONS. No, no.

ANDRES. Ven aquí.

CONS. (Aparte) ¡Qué horror!
(Andrés coje las manos de Consuelo, y la atrae á sí; ella, aunque se horroriza al contacto del asesino, consigue dominarse y aparecer serena.)

ANDRES. Mírame, Fernando ha muerto.
¿Por él ya no sientes nada?
¿su suerte no te estremece?

CONS. Si es que mi alma le aborrece.
ANDRES. ¿Es verdad? ¡Consuelo amada!
(La estrecha en sus brazos. Se oyen golpes á la puerta del fondo.)
CONS. Escucha.
ANDRES. Llaman.
CONS. (Aparte.) Es él.
ANDRES. ¿Tiemblas?
CONS. Tan sólo por tí.
ANDRES. ¿Qué hacer?
CONS. Escóndete aquí.
(Señala su habitación.)
ANDRES. ¡Óyeme!
CONS. (Aparte.) ¡Instante cruel!
ANDRES. Jura que pronto unirás
tu suerte á la suerte mía;
que antes de rayar el día.
CONS. (Ap.) ¡Oh!
ANDRES. Conmigo partirás.
CONS. Esperas en mi aposento,
y en viendo solo el taller
saldremos.
ANDRES. ¡Vamos á ser
tan dichosos... un momento!
(Suenan á la puerta golpes más débiles; Andrés, que iba á entrar, se detiene un instante.)
Explícame tu dolor
cuando el cuadro destruía.
CONS. Lloraba la gloria mía,
no lloraba por su amor.
ANDRES. Si tu pecho la ambiciona,
la conquistaré por tí,
que tú me darás á mí,
como á él diste, una corona.
Voy con la gloria á soñar,
y el amor que tú esquives
vencí por fin.
CONS. (Aparte.) ¡Ay, tal vez
será amargo el despertar!
(Entra Andrés en la habitación de Consuelo, que cierra la puerta con llave, y corre ansiosamente, loca de angustia á abrir la del fondo.)

ESCENA XVIII

CONSUELO y FERNANDO; un momento MARTA.

Ayuda Consuelo á entrar á Fernando trabajosamente y le coloca en un sillón, y por la segunda puerta de la derecha llama con voces ahogadas, por el miedo y dolor, á Marta.

FERN. ¡Consuelo!
CONS. ¡Fernando mío!
FERN. Va á ser tu dolor profundo,
sólo ves á un moribundo;
del no sér ya siento el frío.
(Se desmaya.)
CONS. ¡Marta, acude, por favor!
(Entra Marta por la derecha.)
MARTA. ¡Don Fernando! ¡Cielo santo!
¿Qué pasa?
CONS. Mira mi llanto
y esa herida.
MARTA. ¡Oh Dios, qué horror!
CONS. Acaban de asesinarle.
Corre, Marta, te lo ruego,
á la casa de don Diego.
Su padre aún puede salvarle
y allí se debe encontrar.
FERN. ¿Y Laura? Te hago sufrir...
perdona. (Vuelve del desmayo.)
CONS. Deben venir
todos su vida á amparar.
(Vase Marta por la puerta del fondo déjándola abierta.)
FERN. Ya las sombras de la muerte
cubren mis ojos de un velo;
quiero, y es vano mi anhelo,
por la vez postrera verte.
CONS. (Ap.) ¡Si viera qué horrible idea!
FERN. ¡Espantosa oscuridad!
CONS. (Ap.) Pues que de él tiene piedad
¡bendita, bendita sea!
FERN. Con qué dolor tan profundo
siento crecer mi agonía,

que una dicha cual la mía
nadie perdió en este mundo.
Después de lucha terrible
por fin conseguí vencer
lo que yo llegué á creer
no difícil, imposible.

CONS. Cálmate.

FERN. Y cuando brillar
ví con un ansia infinita
de gloria la luz bendita
y la delicia de amar,
del fuego la inspiración
su rayo postrero arroja,
porque la mortal congoja
invade mi corazón.
Soledad y noche oscura
me espera en la tumba; allí,
Laura, no te veré á tí
ni del mundo la hermosura.

CONS. ¡Siempre Laura!

FERN. Mármol frío
en vez de lecho nupcial.

CONS. Fernando, agravas tu mal.

FERN. En el pensamiento mío
brotaban, ¡esto es cruel!
el germen de mil ideas.

CONS. Tú morir, no, no lo creas.

FERN. ¡Y no poder mi pincel
ya darlas forma! Un consuelo
me queda en desdicha tanta:
mi cuadro.

CONS. (Aparte.) Su voz me espanta.

FERN. Mirarle una vez anhelo:
endulzará estos instantes,
¡Dios de mí se compadece,
ya la sombra desparece!
veo unas llamas vacilantes.

CONS. (Ap.) ¿Qué hacer? ¿Y cómo evitar?...
¡Muera esta luz que me irrita!
(Apaga la luz; queda iluminada la escena sólo por la chimenea.)

FERN. ¿Por qué, claridad bendita,

dí, me vuelves á dejar?
CONS. ¡Fernando!
FERN. No, es que la muerte
su sombra sobre mí arroja,
porque de esa llama roja
ya al resplandor puedo verte.
CONS. (Ap.) ¡Tú que sufriste en la cruz,
ten compasión de él, Dios santo!
FERN. Para aumentar mi quebranto,
¿por qué apagaste esa luz?

ESCENA XIX

DICHOS, LAURA, DON DIEGO, DON JUAN y MARTA

LAURA. ¡Fernando!
JUAN. ¡Hijo de mi vida!
FERN. ¡Laura! ¡Mi dicha! ¡Mi amor!
No llores, ¡valor, valor!
Padre, mortal es mi herida.
LAURA. ¿Por qué tal oscuridad?
JUAN. ¡Pronto, luz! Salvar ansío
de la muerte al hijo mío.
FERN. ¡Una luz, sí, por piedad!
CONS. ¡Detenéos! (Trastornada.)
JUAN. ¿Por qué, dí?
CONS. No puedo, escuchad mi ruego.
JUAN. Marta, luz. (Vase Marta por la derecha.)
FERN. ¡Padre, don Diego!
Algún misterio hay aquí.
JUAN. Comprendo tu ansia infinita.
CONS. (Ap.) ¡Protégele, Virgen santa!
FERN. Esa llama que me espanta,
en vano lucha y se agita,
que no llega á disipar
las sombras.
JUAN. Quiero salvarte.
FERN. Yo dar un adiós al arte
y mi cuadro contemplar.
(Marta entra luz; al notar la falta del cuadro,

Juan, Laura y Consuelo rodean á Fernando para que nada pueda ver.)

CONS. (Bajo.) ¡Que no comprenda, por Dios!...
FERN. Pronto, que anhelo saber...
JUAN. Tu herida yo quiero ver.
FERN. Algo me ocultáis las dos.
JUAN. (Ap.) ¡No puedo hacerle vivir!
(Con dolor, después de examinar la herida.)
FERN. ¡Aparta, mi frente arde!
JUAN. ¡Hijo mío! (Con inmenso dolor.)
FERN. Sí, sí; es tarde;
ya sé que voy á morir.
¿Por qué negarme un consuelo?
CONS. ¡Fernando!
FERN. ¡Idea terrible!
No llegará, es imposible,
fuera muy injusto el cielo
á tanto mi desventura.
JUAN. ¡Hijo mío!
CONS. ¡Hermano!
LAURA. ¡Esposo!
CONS. Cálmate, eso es horroroso.
DIEGO. Va á matarte tu locura.
(Lucha Fernando por desasirse de todos, y por fin consigue un instante ponerse en pié y ver la falta del cuadro.)
FERN. Fuerzas el dolor me presta,
¡deja, aparta, ¡ay! era cierto!
¡Mi nombre, mi gloria ha muerto!
Poco era suerte funesta
de delicias y de amor
vida perder, que arrancarme
para más tortura darme
quisistes otra mejor.
La que el mundo diviniza,
que nunca muere y que crece,
y que radiante aparece
cuando el vil cuerpo agoniza.
¿Dónde los restos están?
CONS. El fuego los consumió.
FERN. Todo para mí acabó.
LAURA. ¡Infeliz!

CONS. Calma tu afán.
FERN. De la gloria que soñé,
y que á mi mente aún asombra,
no quedará ni la sombra
que por tu amor conquisté.
Borrado del pensamiento
irá mi nombre al olvido,
como musical sonido
que muere en alas del viento.
Vivirá lo que esa llama;
humo y cenizas será,
que la obra del genio ya
no la alimenta y la inflama.
¡Ahí mi nombre se deshace
cuando vivirá en la historia
de tantos otros la gloria
con el arte que renace!
¿Y ha de ser mortal mi herida?
¡no! ¡yo no quiero morir!
¡Yo necesito vivir!
¡La vida, señor, la vida!
¡Un año para poder
mi nombre al mundo dejar!
¡Sólo... un día en qué gozar
de amor inmenso placer!
¡No escuchas mi ruego ardiente!
Jame... siquiera una hora
para contemplar la aurora
que aparece por Oriente,
y ver brotar mil colores
de la paleta divina
cuando todo se ilumina,
¡cielo, cascadas y flores!
LAURA. Su dolor el alma aterra,
JUAN. Y el asesino cruel...
FERN. ¡No hay castigo para él,
ni en el cielo, ni en la tierra!
CONS. Lo habrá, sí.
FERN. Vengarme ansío.
CONS. Justo en verdad es tu anhelo.
Yo to daré ese consuelo.
JUAN. Deliras.

CONS. No desvarío.
Es justicia, no es venganza,
lo que á entregarlo me impulsa,
yo con mi mano convulsa
mataré en él la esperanza.
FERN. ¿Mas cómo á ese miserable
puedes tú darle tormento?
CONS. Aquí, y en este momento
voy á entregar al culpable.
(Abre Consuelo la puerta de su habitación y sale Andrés.)

ESCENA XX

DICHOS y ANDRÉS

CONS. ¡Ven, Andrés!
ANDRES. ¡Consuelo amada!
¿Qué es esto? ¿Aún vive Fernando?
¡Me vende!
FERN. Estoy espirando.
ANDRES. ¡No me ama!
FERN. Y está vengada.
ANDRES. La verdad ante mí brilla;
¡con luz funesta me ciegas!
¡Tú, Consuelo, tú me entregas!
JUAN. Del verdugo á la cuchilla.
ANDRES. El dolor que el alma siente
¿quién á comprenderlo alcanza?
FERN. ¡Yo, Andrés! ¿No oyes que se lanza
de mi pecho ¡ay! más ardiente?
ANDRES. Por un instante gozar
para más aún padecer.
FERN. De la cima del placer
en un abismo rodar.
Llevas la parte mejor:
yo muero oscuro, olvidado;
pero tú, en alto tablado,
y del sol al resplandor.
ANDRES. ¡Yo en la infamia! ¡qué martirio!
¡Señor, ten piedad de mí!
FERN. Esto era digno de tí,

no del aplauso el delirio.
Que es muy dichosa tu suerte
de escucharlo no te asombre;
se olvidarán de mi nombre,
mas no olvidarán tu muerte.
Darte esa gloria á Dios plugo.

ANDRES. ¡Yo!... ¡terrible pensamiento!

FERN. Tú de un verdugo tormento,
¡muere á manos de un verdugo!

JUAN. ¡¡Á las mías!! Volveré
á serlo una vez por tí.

FERN. ¿Me diste la vida?

JUAN. ¡Sí!

FERN. ¡¡Pues entonces... véngame!!
¡Gracias, padre, hermana mía!
¡Adiós mi vida, mi amor!
Aunque apurar con terror
ya te miro en la agonía
el cáliz hasta las heces,
tú sólo una vida das
y yo pierdo ¡mucho más!...
¡que es esto... morir.. dos veces!

(Muere. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacios	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1|2 M.
El golpe de gracia	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepín	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1|2 l.
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y M
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyngales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M.
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss,	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestrros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.